

# **TRABAJO DE FIN DE GRADO**

**“DIOCLECIANO Y EL FIN DE LA CRISIS DEL SIGLO III”**

*Diocletian, and the end of the Crisis of the Third Century*

**CARLOS SERRANO LORIGADOS**



**DIRECTORA: ALICIA RUIZ GUTIERREZ**

**GRADO EN HISTORIA / MENCIÓN EN CIENCIAS HISTÓRICAS**

**FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS**

**CURSO 2017-2018**



## **INDICE**

**INTRODUCCION → p.3**

### **LA CRISIS DEL SIGLO III: SU EVOLUCIÓN HASTA EL 284**

- CRISIS MILITAR: EL EJERCITO FRENTE A LAS INVASIONES BARBARAS. → p. 5-10
- CRISIS INSTITUCIONAL: LA ANARQUIA MILITAR Y EL SENADO → p. 11-19
- CRISIS ECONOMICA: CAUSAS Y SOLUCIONES → p. 20- 24
- CRISIS DE IDENTIDAD: ROMANOS PERO SIN ROMA → p. 25-26

**ANEXO I, p. 27.**

### **LAS REFORMAS DEL EMPERADOR DIOCLECIANO (284-305)**

- EL ASCENSO AL PODER DE DIOCLECIANO → p.28-31
- REFORMA POLITICA: LA INVENCION DEL SISTEMA TETRARQUICO → p.31-36
- EL PROBLEMA DE LOS *EXTERNI*: REFORMA DEL APARATO MILITAR → p.36-40
- REFORMA ADMINISTRATIVA → p.42-43
- REFORMA ECONOMICA → p. 44-48
- DIOCLECIANO FRENTE A LA CUESTION CRISTIANA → p.49-54

**A MODO DE CONCLUSIÓN: LA MUTACIÓN DEL IMPERIO ROMANO → p. 54-57.**

**ANEXO II → p 58.**

**BIBLIOGRAFIA → p.59.**

## **INTRODUCCION**

Hace más de un año fijé mi interés, con vistas a la realización de este TFG, en las reformas emprendidas por el emperador Diocleciano (284-305). Lo hacía siguiendo una duda que me había acompañado durante la carrera, y antes, cuando, como simple aficionado a la historia, pretendía saber más acerca de aquella potencia hegemónica e irrepetible que fue el Imperio Romano.

Mis inquietudes comenzaban al tratar de conocer más a fondo la coyuntura que vivió el Imperio Romano durante la conocida como “crisis del siglo III”. Dicha crisis, que afectó a todos los ámbitos de la sociedad romana (economía, administración, seguridad, legislación y religión) durante todo un siglo, siempre me había parecido una fuente de debate entre los historiadores que la trataban. Se me planteaba una problemática tan simple como la cronología. ¿Cuándo comenzaba esta crisis? ¿Y cuando terminaba?, a lo que más tarde se sumaron las dudas sobre el papel del emperador Diocleciano a la hora de afrontar la misma. A estas incógnitas, a medida que avanzaba en la recopilación de bibliografía, se le sumó otra, que acabó por convertirse en la hipótesis más importante para mi investigación: el papel de Diocleciano como “renovador” del Imperio Romano y su labor reformista, cuyo objetivo era, como creo haber podido comprobar, la superación y punto final de la mencionada crisis del siglo III.

El camino hacia esta hipótesis viene marcado por la afirmación del historiador Roger Rémondon, que en su trabajo *“La crisis del Imperio Romano: de Marco Aurelio a Anastasio”* (1973), indica como punto final de la crisis del siglo III el reinado del emperador Anastasio (491-518), esto es, dos siglos después de que Diocleciano llegase al poder. También propone una fecha más cercana, la del momento de la “Concordia de los Augustos” (395-410), periodo de gran inestabilidad en el Imperio Occidental, que se escenifica con el traslado de la capital a Rávena.

Antes de comenzar la escritura, y tras haberme documentado acerca de la labor de Diocleciano, mis dudas acerca de la afirmación de Rémondon aumentaron. Para empezar, porque Diocleciano y sus reformas supusieron un cambio suficiente, y en algunos casos radical, como para sostener que la crisis general que atenazaba en Imperio había sido, si no resuelta del todo, al menos abordada seriamente por el poder imperial, que centró todos sus esfuerzos en ponerle un punto y final. Me pareció más plausible la hipótesis de una nueva crisis, derivada del posterior colapso del sistema tetrárquico tras la renuncia al poder de Diocleciano, que sostener la teoría de que la misma crisis que Diocleciano intentó atajar duró hasta los tiempos del emperador Honorio, e incluso más tarde, hasta la caída del Imperio en el 476. Precisamente, el gesto de Diocleciano, retirándose del poder imperial, me pareció interpretable como un punto y final escenificado por el emperador para transmitir su sentir. Su misión, la renovación y regeneración de los pilares del Imperio, habían concluido.

Por lo tanto, comencé este trabajo con la idea de demostrar que el Imperio mutó verdaderamente de piel tras el reinado de Diocleciano y la Tetrarquía. Y no fue simplemente un cambio de chaqueta: cuestiones como el ascenso del cristianismo, las nuevas medidas fiscales (la *iugatio-capitatio*, la *indictio*) o las reformas en el ejército, supusieron que el Imperio que dejó en herencia Diocleciano fuese otro, bastante distinto si lo examinamos en profundidad, que aquel que había recibido en su coronación en 284.

Antonio Aparicio Pérez, en su obra *“Las grandes reformas fiscales del Imperio Romano”* (2006), señala que Diocleciano “retardó en algo más de siglo y medio la descomposición del

Imperio Romano”. Esta idea me dio fuerzas para continuar con mi hipótesis. De las reformas y el reinado de la Tetrarquía surgió un nuevo Imperio; su mejor representante podría ser Constantino, que oficializó el Cristianismo y remodeló las ideas introducidas por la Tetrarquía hacia una visión mucho más centralizadora del poder. Sin embargo, con Constantino, la capital ya no estaba en Roma, sino en una nueva ciudad fundada expresamente para el gobierno del Imperio. ¿Pero, el Imperio, siendo romano, no debería girar en torno a la Urbe? En el nuevo imperio que lega Diocleciano, la antigua capital se muestra como mal defendible, llena de burócratas, e insostenible por su gran población. Y fue Diocleciano quien, al dotar del mismo estatus político que la capital a las residencias de los Tetrarcas (no formalmente, porque Roma seguía siendo Roma, pero en términos políticos, las decisiones se tomaban en Nicomedia, Tréveris, Sirmio y Milán) dio el primer paso a la posterior división política del Imperio. Un emperador del Alto Imperio nunca hubiera pensado en la posibilidad de privar a Roma de la capitalidad absoluta. En cambio, en el nuevo Imperio que lega Diocleciano, la supervivencia de la misma pasa porque el poder no se encuentre allí. Se produce un cambio: de ser Roma la que protege a sus súbditos, a ser estos los que defiendan la Urbe.

Para sostener tales hipótesis, quizás demasiado aventuradas, he interpretado que la investigación debía de examinar varias capas, prestando atención especialmente a aquella que suele marcar las directrices de los eventos políticos, y sobre todo, que es más difícil de datar, registrar e investigar, pues alude a aspectos como las relaciones sociales, la situación económica y el pensamiento religioso. Para ello, he podido contar con el minucioso trabajo de Gonzalo Bravo Castañeda. Su obra “Coyuntura Sociopolítica y Estructura Social de la producción en la época de Diocleciano” (1980) se centra en analizar las reformas del emperador desde un punto de vista cercano a las interpretaciones marxistas, centrado en el análisis de la economía y su impacto directo sobre los grupos sociales. Bravo Castañeda señala: “la realización del estudio económico de una sociedad antigua presenta dificultades de muy diversa índole, y de no fácil superación. Pero un estudio histórico de conjunto que no abordase la temática económica de una u otra forma estaría condenado al menos a ser incompleto [...] En definitiva, se intentará evitar tanto el economicismo como el análisis nominalista de los hechos económicos y las interpretaciones simplistas de los datos”. Estas palabras indicaban que el trabajo resultaría, por tanto, una tarea densa y escrupulosa. El libro de Bravo Castañeda ha supuesto una de mis mayores fuentes a la hora de realizar este trabajo y reforzar mi idea de que el Imperio que dejó en herencia Diocleciano fue, social y económicamente hablando, lo suficientemente diferente como para adquirir un nuevo nombre: es lo que conocemos como Bajo o Tardo Imperio.

¿Deberíamos revisar la hipótesis aceptada de que el Imperio Romano de Occidente cayó en el 476? ¿No fue un mayor *shock* para dicho Imperio la Batalla de Adrianópolis en 378? ¿No sería mejor hablar de “erosión” en vez de “caída”, porque para lo primero hacen falta siglos, mientras que lo segundo sucede en años? Este trabajo no pretende aclarar tamañas hipótesis, sino contrastar y estudiar el papel de Diocleciano como reformador y político de su tiempo, responsable del final de la traumática crisis del siglo III. El emperador ilirio inició las pautas que dirigirían el imperio durante los siglos siguientes a su reinado. Roma era demasiado grande para ser gobernada por un solo hombre. Y a la vez, envió un mensaje contradictorio: sólo bajo una única autoridad, superior al resto, podrá sobrevivir el Imperio. Y este debate llevó al colapso final durante el siglo IV. Pero eso, ya es otra crisis.

## **LA CRISIS DEL SIGLO III: EVOLUCIÓN HASTA EL 284.**

### **I- CRISIS MILITAR: el ejército frente a las invasiones bárbaras.**

Desde sus inicios, el Imperio Romano había sufrido una crisis militar importante, que marcaría su evolución a lo largo de los siglos, hasta su caída<sup>1</sup>. El ejército imperial que heredó Augusto ya no era aquel formado por ciudadanos voluntarios, que pagaban su propio peculio y que se enrolaban en masa en las legiones, motivados por el botín y la recompensa de tierras cuando llegase su jubilación; con la llegada del Imperio, fue el Estado quien se encargó de la manutención del ejército y tuvo que lidiar con los intereses de la tropa, siempre más animada por las exigencias económicas que por las patrióticas. De hecho, una de las motivaciones principales de los reclutas eran los *praemia militaria* que recibía el soldado tras los 25 años de servicio acordados, en forma de tierras o de dinero.

Esto, para un Estado que debía mantener un ejército permanentemente activo, era un peso enorme, sobre todo teniendo en cuenta las limitaciones fiscales del extensísimo Imperio, que intentó durante siglos aumentar los impuestos para mantener el costosísimo gasto que suponían las legiones de las fronteras.

Pero no solo se trataba de carencias económicas. El reclutamiento era otro de los grandes problemas del Imperio Romano, siempre necesitado de hombres jóvenes que sirviesen en filas y frenasen a las hordas bárbaras.

Fueron precisamente estos bárbaros a quienes se alude cuando se busca el motivo principal que hizo temblar los cimientos del Imperio. Roma, inmersa en su endémica crisis económico-militar, debe hacer frente a dos fronteras; la occidental, establecida en las provincias de Germania y Bélgica que seguía el curso del río Rin, y otra que comenzaba en el Alto Danubio y proseguía hasta su desembocadura en el Mar Negro, atravesando las provincias de Raetia (actual Austria), Noricum (Hungría), Pannonia (Serbia) y Moesia (Bulgaria). La provincia de la Dacia fue abandonada por el emperador Aureliano en el año 272, siendo el mejor ejemplo de las consecuencias de esta crisis; las provincias occidentales sufrieron el acoso bárbaro de forma continuada desde el siglo II d.C, y eso influyó en el carácter y personalidad de los ejércitos que allí se apostaron.

La otra frontera que el imperio debía mantener era aquella que protegía a las provincias orientales. Las diferencias geográficas de ambos *limes*, opuestos en prácticamente todo, serán una de los puntos más importantes de las reformas militares que emprendería Diocleciano. Esta frontera estaba delimitada por los desiertos sirio, egipcio y árabe, y únicamente del otro lado del vacío comprendido entre el Éufrates y el Orontes provino algún peligro. Los persas, tanto el Imperio Parto como sus sucesores, los Sasánidas, fueron el único enemigo de Roma en la frontera oriental que le trató en igualdad de condiciones, pues aunque las provincias africanas también tuvieron que soportar incursiones de los nómadas del desierto, la amenaza persa y sobre todo, su poderoso ejército, siempre fue la mayor de las preocupaciones.

A comienzos del siglo III, el ejército resolvía sus problemas de reclutamiento alistando, en su mayoría, naturales de estas fronteras para sus legiones regulares. Los romanos de Italia, así como de Hispania, África o Grecia, se reservaban para las tropas pretorianas, aunque era evidente lo que

---

<sup>1</sup>GABBA, E. *Per la storia dell'esercito romano in età imperiale*. Patron Editorie, Bolonia. 1974

Gabba (1974) llama “la abdicación del ejército por parte de Italia y las provincias más romanizadas”. Paralelamente, aquellas regiones que soportaban la presión de las fronteras experimentaron lo contrario; el deseo de los soldados de no alejarse de sus sedes de reclutamiento dió lugar a una “milicia hereditaria”<sup>2</sup> ya que para los súbditos menos romanizados del Imperio, servir en el ejército significaba, en primer lugar, el acceso a la ciudadanía, y tras años de servicio, la recompensa de obtener unas tierras para mantenerse, algo muy buscado por las clases más bajas de la jerárquica sociedad romana.

El ejército en el que entró a servir siendo muy joven el emperador Diocleciano era un producto de esta evolución. Las legiones profesaban mayor lealtad a sus generales provinciales que a los propios emperadores, lo que llevó al poder a la mayoría de los cesares durante los turbulentos años del siglo III. El mismo Diocleciano, que contaba con el favor de las tropas de Oriente que le vitorearon en Nicomedia, tuvo que partir a enfrentarse al ejército occidental mandado por Carino en el 285, quien le tachaba de usurpador. Era una constante lucha de intereses en la que regían los caprichos del ejército, vuelta cotidiana durante el siglo III.

La frontera occidental del Impero era la que mayor presión soportaba, por lo que era la que más legiones acantonadas demandaba; esto produjo una absoluta militarización de las provincias que debía proteger y que tiene su máxima expresión en Iliria. Englobaba las provincias de Dalmacia y Pannonia, y se encontraba en una posición intermedia entre Italia, la provincia más rica y cabeza del Imperio, y las tribus bárbaras al otro lado del Danubio. Era una frontera débil para Roma, pues al contrario que en el Rin o en Persia, la distancia entre la capital y un ejército bárbaro que penetrase por Iliria era demasiado corta. El pánico que sembraron las incursiones de cuados, marcomanos, yacigios y roxolanos en Italia durante los años 258-60, unido a la gran incursión franca de 258 que llevó a los bárbaros a saquear Tarragona, era el mismo terror que sentían cada día los provinciales ilirios, que vieron en el ejército y la defensa de su tierra el único modo de sobrevivir.

Antes de estas grandes invasiones, que suponen uno de los principales motivos que inspira la reorganización militar que lleva a cabo Diocleciano treinta años después, los emperadores habían motivado sin pudor esta “militarización de la frontera”. Primero fue, en tiempos republicanos, con el reclutamiento de *auxiliares*, que formaban buena parte del ejército, normalmente en funciones que los soldados romanos no dominaban, como la de jinetes o arqueros. Precisamente, la importancia que cobra la caballería es el eje que impulsa los cambios en el ejército romano durante el siglo II. Los *auxiliares* tenían su evolución en este siglo con las *vexillationes*, unidades de caballería regionales, que mantenían sus rasgos autóctonos, pero que servían como miembros de pleno del ejército imperial, siendo Dalmacia y Africa las provincias con caballerías más afamadas. Combatían codo con codo con las tropas regulares de infantería, pero constituyendo un cuerpo de desequilibrio que resultó vital para una guerra cada vez más móvil y en la que las armas de la infantería romana no podían con los grandes hierros de los bárbaros. La caballería fue el punto de entrada para el reconocimiento de los provinciales, que comenzaron a imponerse en los rangos militares a través de su penetración en el orden *equestre*, siendo el mejor ejemplo la llegada al poder de los emperadores ilirios.

De esta manera, cuando Diocleciano accede al poder, se encuentra un ejército occidental formado en su mayoría por provinciales como él, y que tienen en la guerra su único sustento y modo de vida. No es mera impostura la costumbre de los emperadores ilirios de hacerse servir el mismo rancho y

---

<sup>2</sup> *Idem.*

sufrir las mismas incomodidades que sus soldados; la “militarización” del Imperio era ya por entonces plena, pues de las provincias pasó directamente al Estado al acceder a este sus más destacados miembros.

Frente a este ejército imperial se encuentra una amalgama de tribus bárbaras que a su vez huyen de la presión que otras tribus nómadas ejercen en el interior de Europa. No son ejércitos convocados por un monarca, a la manera persa y oriental, sino que toda la tribu, con sus enseres, familias y bienes, se desplaza hacia territorio romano en busca de tierras más prósperas y paz; aquella de la que tanto habían oído hablar y que sabían que podían encontrar tras el *limes*.

El enemigo frente al que se encontraban los romanos en el siglo III también había evolucionado desde los tiempos de Augusto. La invasión más notable, que se produjo entre los años 267-269, comprendía una confederación de tribus escitas y godas entre las que se contaban visigodos, ostrogodos, tervingios, gépidos y celtas. Dichas tribus, que no habían participado en el proceso de romanización al encontrarse fuera de las provincias del imperio, supieron igualmente adoptar los usos romanos que más les convenían.

De esta manera, Roma ejerce sobre los pueblos vecinos a su *limes* una influencia civilizadora a base de siglos de contactos e intercambios de todas clases. Tácito señala que los bárbaros “habían recibido a veces la asistencia militar de Roma, y más a menudo su ayuda financiera, ambas igualmente efectivas”<sup>3</sup>, lo que hacía inevitable que los pueblos bárbaros se mantuviesen impermeables a la notoriamente más avanzada cultura clásica que Roma irradiaba. La otra cara de la moneda la mostraba el Imperio al decidir mantener restrictivas políticas sobre las fronteras. Estaba prohibido habitar y cultivar a ambos lados de las riberas del Rin y el Danubio, a excepción de los campamentos de las legiones, e igualmente estaba vedada la navegación y el cruce de los cursos fluviales sin pagar antes el caro pasaje<sup>4</sup>. Esto provocó que una enorme masa de tribus de diversas procedencias se acumulase entre los ríos Elba y Rhin, y entre las estepas de Europa Oriental y el Danubio. Este territorio fue ocupado a lo largo del siglo II por germanos que mantenían sus propias lides, y por otro lado compartían un enemigo común en Roma.

Las Guerras Marcomanas (167-189 d.C) supusieron el punto de inflexión, y sobre todo, marcaron una pauta en las invasiones efectuadas por los bárbaros antes de las grandes oleadas del siglo III. El rey de los Marcomanos, Ballomar, se internó en el Imperio en el año 170 hasta la ciudad de Aquilea a través de la Ruta del Ámbar, una calzada romana de grandes proporciones que facilitaba el comercio y la comunicación entre el Báltico y la península itálica. La gran calzada comenzaba en Carnutum (Panonia), allí donde el ejército marcomano venció a las tropas fronterizas romanas, debilitadas en número debido a la expedición que a la vez comandaba Marco Aurelio al otro lado del Danubio, y que había supuesto un gran esfuerzo para el ejército imperial.

Una vez abierta la brecha, los marcomanos aprovecharon el talento romano en la edificación de calzadas para devastar una tras otra las ciudades del Nórico, mientras otra hueste continuaba por la Vía del Ámbar hasta el norte de Italia, donde devastaron Opitergium (Oderzo) y asediaron Aquilea.

El éxito de esta invasión provocó un incremento de la “codicia” por parte de los bárbaros (Rémondon, 1967). Habían entrado en el Imperio y habían visto la riqueza y la prosperidad que durante años había crecido en las seguras tierras de Roma. Aquello era un botín demasiado grande

---

<sup>3</sup> Tácito, *Germania*, 42. (PDF) Disponible en: <http://www.biblioteca.org.ar/libros/155267.pdf>

<sup>4</sup> REMONDON, R. *La crisis del Imperio Romano de Marco Aurelio a Anastasio*. Labor, Barcelona. 1973.

para ser ignorado, además de una visión de unas tierras mucho más amables que aquellas de las que procedían, y a las que no era demasiado difícil llegar una vez alcanzadas las principales calzadas.

Los bárbaros habían llegado a internarse en el imperio gracias a la unión de sus fuerzas. Desde el siglo I se establecen coaliciones entre las tribus germanas, que eligen la unión para dividirse en paz el poco terreno del que disponen tras la extensa frontera, y que a su vez combaten contra otras coaliciones bárbaras por la hegemonía, lo que les hace organizarse. Esta aparente búsqueda de la seguridad se debe también a la presión que los pueblos del Báltico comienzan a ejercer sobre Germania, al migrar al sur en busca de tierras más fértiles con las que alimentar sus crecientes poblaciones. Son los godos, francos, sajones y lombardos quienes protagonizarán las guerras durante la crisis del siglo III, pero que en este momento son enemigos de los mismos bárbaros a los que suplantarán tras años de luchas por el territorio. El proceso de agrupamiento de los bárbaros pasa de ser tribal a federal, con etnias diferenciadas que unen sus fuerzas con un mayor convencimiento del que mostraron sus antepasados.

Los alamanes eran una federación que incluía a catos, varascos, hermunduros y semnones, y ocupaba el Alto Rin, mientras que los francos se asentaron en el bajo Rin, hasta las inmediaciones de la moderna Bonn. En el oeste, el *limes* danubiano contemplaba la llegada de la gran coalición de los godos, formada por visigodos, ostrogodos y hérulos, provenientes del Vístula, y que fortalecidos tras años de guerra contra las antiguas poblaciones sármatas y roxolanas, se acantonaron tras el Danubio y prepararon su asalto al Imperio.

De esta manera, un imperio en crisis tuvo que hacer frente, no a un enemigo desorganizado e inculto en el arte de la guerra, sino a una confederación étnica, estructurada militarmente con grandes influencias romanas, y que actuaba coordinada y con el objetivo común de dañar el *limes* y ocupar las tierras que se les negaban.

Francos y alamanes se unen para atacar el Rin durante los años 253, 259, 261 y 275. Estos últimos, la confederación más poderosa, se unen también a jutos y vándalos para atacar el Ilírico (Recia, Nórlica y Panonia) en el 269, mientras que sármatas y burgundios atacan el Danubio. Contra estas huestes debería enfrentarse el joven Diocleciano, a quien el cronista bizantino Juan Zonoaras sitúa como jefe militar en la provincia de Mesia (Serbia y Bulgaria)<sup>5</sup>. La experiencia que seguramente guardó el emperador de aquellos años es la de que los bárbaros habían dejado de ser aquella amalgama de clanes incivilizados que una y otra vez caían bajo el superior brazo militar romano. Ahora, habían pasado a convertirse en un enemigo a la altura del que se encontraba en Oriente, los persas, con la enorme diferencia que suponía el contraste entre la longitud de la frontera oriental y la occidental.

El *limes* asiático del Imperio protegía su parte más rica y civilizada, que comprendía provincias con tradiciones e historias antiquísimas, muy anteriores a Roma, que aunque habían renunciado a cualquier nacionalismo durante los años de dominio romano, seguían conservando unos particularismos y una filosofía independiente. También el enemigo era distinto: los persas, primero los partos y después los sasánidas, eran una civilización que podía compararse con Roma tanto en antigüedad como en prestigio, y que ejercía de faro para los pueblos de Oriente Medio al igual que la Urbe lo era para Europa Occidental.

---

<sup>5</sup> BOWMAN, A., Diocletian and the First Tetrarchy, in *the Cambridge Ancient History, XII: The Crisis of Empire*. Cambridge University Press, Nueva York. 2005

Militarmente, las continuas guerras libradas en la frontera romano-persa a lo largo de los siglos II y III demostraron una influencia asiática latente en el ejército romano, que fue aumentando gradualmente hasta la caída y división del Imperio. Por un lado, Roma supo distinguir en su adversario las virtudes que le hacían superior: los catafractos persas, la imbatible caballería acorazada, había sido el punto débil de la mayoría de las legiones que habían osado pisar suelo persa, la mayoría de las cuales no había sabido enfrentar una caballería en condiciones de batirse con aquella persa. Los romanos, pragmáticos, acabaron añadiendo esta caballería pesada en sus propias filas (Gabba, 1974), además de procurarse siempre en sus campañas contra los germanos contingentes de arqueros a caballo asiáticos y caballerías especializadas, que resultaban muy útiles para afrontar los veloces combates a lo largo del *limes*. Se acercaba el declive de la infantería, compuesta por ciudadanos, y llegaban los tiempos de los caballeros, que obligados a pagar su caro armamento y montura, dependían en mayor medida de sus rentas y de su estatus para servir en el ejército.

Una consecuencia de la influencia castrense persa en el ejército romano fue el organigrama de poder, que se vio sometido a una nueva filosofía. Desde los tiempos de los Aqueménidas, el Rey de los persas siempre se había mostrado a sus súbditos como un ser superior, cercano a los dioses, razón por la que podía ejercer su dominio sobre tantas naciones. Desde su firme posición central, el Rey persa se apoyaba en una vasta nobleza guerrera que dependía de su favor para poder servir en el ejército real, que no estaba permanentemente desplegado como el romano, indiferente a quién ocupase el trono, sino que era convocado cuando se preparaba una campaña por los *sátrapas*, los ministros provinciales, que a su vez eran elegidos y debían fidelidad sólo al rey. Era la única manera de garantizar la llegada de hombres cuando estallaba la guerra ante la vastedad del Imperio, y los monarcas persas se esforzaban por mantener su estatus divino y su honor intacto dentro de las fronteras de su imperio, pues sólo un poder fuerte y autoritario podía convencer a las provincias de no emprender la secesión. Esta visión asiática del poder imperial penetró poco a poco en el Imperio desde sus inicios, cuando el Senado empieza a perder protagonismo y deja paso a la *dictadura* del emperador, hasta los gobernantes del sobreviviente Imperio Romano Oriental, que se presentan como elegidos por dios ante sus súbditos y copan cada uno de los brazos del gobierno y la religión. La acumulación de poderes bajo los emperadores es un atributo romano, pero el aura divina, y sobre todo, la superioridad frente a todo que emana de la figura del *Augusto*, se debe en mucho a los persas.

La crisis del siglo III afectó a muchos ámbitos del Imperio de manera ostensible, y a cada uno de ellos el Estado supo reaccionar de una manera diferente. En el caso de la crisis militar, que comienza con las Guerras Marcomanas, la reacción del Imperio, que se enfrentaba en condiciones ya explicadas a unos enemigos muy competentes, estuvo a la altura de las circunstancias, y sobre todo, estableció un nuevo *modus operandi* y una organización que cambiaron la faz del Imperio en sí mismo.

La crisis militar del siglo III no supone un retroceso en la efectividad del ejército romano, sino una transformación, que se culmina con la llegada de Diocleciano al poder. Efectivamente, responde a los parámetros de crisis porque las estructuras que sostenían el ejército de los años del Principado y del siglo II se ven anticuadas e insuficientes para afrontar la coyuntura del nuevo siglo. La capacidad de adaptación por parte del Imperio Romano me lleva a plantear la hipótesis de que Roma, a la llegada de Constantino al trono en el año 306, no era una fuerza militar de capacidades inferiores a las demostradas durante los reinados de Tito o Trajano. La progresiva barbarización del ejército a la que me he referido en anteriores líneas trajo una renovación de la mentalidad militar necesaria para afrontar las invasiones bárbaras: a pesar de la anarquía militar que imperó a lo largo del siglo III, el ejército romano siempre se acabó imponiendo a las amenazas exteriores. El abandono del *limes* germánico-rético y de la provincia de la Dacia son decisiones de reforzamiento más que de retroceso, ya que ambas provincias se demostraron indefendibles y por tanto prescindibles de las posesiones imperiales. Además, su abandono provocaría la relajación en la búsqueda de tierras de las tribus bárbaras, cosa que finalmente aconteció.

Tras las campañas de Aureliano se produce una relajación en las fronteras que se traduce en victoria para Roma: ni los germanos unidos en confederaciones, ni los nómadas de África, ni la poderosa ciudad de Palmira han sabido infligir un daño continuo al Imperio como para hacerlo caer. Y no sólo eso, sino que lo refuerza al adoptar nuevas técnicas militares y políticas que hacen surgir un imperio renovado que se encuentra listo para las reformas que emprenderá Diocleciano. La lección sacada de la crisis militar será el reconocimiento de la capacidad bárbara para la guerra, ya no más inferior a la romana, y por otra parte la necesidad de establecer una cadena de mandos aún más centralista y rígida en torno a la figura imperial, al estilo de sus vecinos persas. Esto garantiza la presencia continua de mandos fieles en las fronteras, buscando evitar repetir la anarquía que durante todo el siglo III facilitó las incursiones de los bárbaros en territorio romano, y sobre todo, manteniendo intacta no sólo Roma y sus territorios, sino la “romanidad”. La crisis militar, endémica e indivisible del propio Imperio, continuó. Las agresiones bárbaras al *limes* se repitieron y nunca pudo Roma asestarles un golpe definitivo. Pero las mejoras que trajo la superación de la crisis del siglo III, y culminadas por las reformas emprendidas por Diocleciano, bastaron para garantizar la supervivencia del Imperio por siglo y medio más.

## II- CRISIS INSTITUCIONAL: La anarquía militar y el Senado.

La crisis institucional que afecta al Imperio Romano durante el siglo III es una consecuencia de los cambios políticos que el Estado viene sufriendo desde el aumento de la presión que ejercen los bárbaros en ambos *limes*, y que durante todo el siglo III amenazan Roma. En el Alto Imperio, política y ejército resultan elementos indivisibles, por lo que la debilidad de uno supone consecuencias para el otro, y todo un siglo de amenazas exteriores y anarquía en los mandos militares tuvo su impacto en la manera de entender el gobierno civil a través de las instituciones en las que se apoyaba.

En el caso de Diocleciano, se encontró con unas instituciones anticuadas y cuya efectividad a la hora de afrontar la crisis se había demostrado en bastantes ocasiones deficiente. La llegada del emperador y sus reformas supone establecer una línea divisoria entre el Imperio esclavista que heredó Diocleciano, y uno de corte “feudal” que deja en herencia el emperador ilirio tras su abdicación en el año 305.

Dicha cuestión transformadora es a su vez un tema no exento de muy diversas interpretaciones; para la realización de este trabajo, la postura historiográfica de Gonzalo Bravo Castañeda, plasmada en su tesis doctoral *La producción en la época de Diocleciano*, me ha resultado la más acertada. Bravo Castañeda no duda en aunar los cambios experimentados durante la crisis del siglo III bajo el gran suceso que supuso la grave crisis económica, trazando una tesis de tendencia marxista y con clara influencia de la Escuela de Anales que me ha resultado afín a la hora de plasmar el contenido de este trabajo. La política, tanto en nuestros tiempos como en los romanos, es una consecuencia de las relaciones sociales, y estas sufrieron durante toda la crisis del siglo III el impacto de las invasiones bárbaras a las que me he referido en el anterior capítulo, cambiando por tanto el orden político e institucional existente, adaptándose a los nuevos tiempos de zozobra.

La anarquía militar reinante durante mayor parte del siglo III dio paso a una serie de luchas de poder y devastaciones fruto de las guerras entre una u otra facción imperial, que se saldaron consecuentemente en una economía enfermiza y de bajo rendimiento productivo.<sup>6</sup> La inseguridad y las devastaciones provocadas por los ejércitos dieron lugar a un prolongado abandono de tierras por parte de los campesinos, que buscaban protección tras los muros de las ciudades, o bien porque muchos de ellos eran reclutados forzosamente como soldados para servir a los numerosos generales que año tras año intentaban acceder a la corona imperial, restando a las provincias más militarizadas (Galia, Iliria, Raetia) buena parte de su mano de obra útil. El comercio, ante la falta de excedentes y la carestía, se vio reducido a intercambios locales, frenando el intercambio de riqueza que durante todo el Imperio se producía en la cuenca mediterránea y limitando a las provincias a depender de sus propios recursos.

Dicho abandono de las tierras por parte de campesinos, y por otro lado de propietarios libres que utilizaban en su mayoría mano de obra esclava, propició el surgimiento de un nuevo grupo social de grandes propietarios de tierras en posesión de fortunas familiares. Estos se vieron libres de adquirir las numerosas parcelas vacías a precios bajos, afianzando y aumentando su poder terrateniente. Dicha acumulación de poder en manos de un único propietario supone el ejemplo social que experimentaron paralelamente las instituciones romanas, que no eran sino un producto de

---

<sup>6</sup> BRAVO CASTAÑEDA, G. *Coyuntura Sociopolítica y Estructura Social de la Producción en la época de Diocleciano*. Universidad de Salamanca, Salamanca. 1980.

los movimientos que la sociedad misma experimentaba. Por ello, se produce una “protofeudalización” del Estado romano (Bravo Castañeda, 1980)

Los tres primeros siglos del Imperio aún mantuvieron el carácter republicano en sus instituciones, mitigado este por un poder imperial ascendente que año tras año acumulaba en mayor medida las atribuciones (legislativas y judiciales) que tradicionalmente habían pertenecido al “pueblo romano”, representado por el Senado. El Alto Imperio fue, por tanto, una *diarquía* entre ambos órganos, Emperador y Senado de Roma, que se tradujo en unas instituciones compartidas, y que emanaban del tradicional consejo de pasado republicano, aunque siempre controladas por la firme mano de los emperadores que se sucedieron. Sin embargo, los cambios militares que produjo la crisis del siglo III, y a los que me he referido en anteriores capítulos, trajeron consigo una tendencia hacia el absolutismo por parte de los emperadores-soldado, de quienes los gobernantes ilirios fueron el máximo exponente. Al apenas contar con la ratificación del Senado a la hora de ejercer su poder; se inicia entonces una creación de instituciones de corte autócrata, que emanaban directamente del poder imperial, y abandonando las tradicionales senatoriales.

La denominación de “autocracia” para este nuevo orden es defendida por J.B Bury<sup>7</sup>, quien argumenta que dicho sistema no cuenta aún con todas las características de una *monarquía absoluta*, pues se ve aún limitado por los restos de la tradición del Principado, y sobre todo, muestra la presencia de grados de poder inexistentes en el absolutismo. El camino hacia esta autocracia adoptada por los emperadores-soldado y culminada bajo Diocleciano está marcado por elementos reconocibles:

- La indiferenciación de las esferas de poder (judicial, legislativo y ejecutivo), aglutinadas en el único mando del emperador.
- La legitimidad del emperador y su forma de acceder al poder permanecieron siendo electivas (ya fuese por el Senado o por el ejército) mediante la *acclamatio*. Es Diocleciano quien contribuye a fijar el nuevo sistema al inaugurar la abdicación como nuevo instrumento electivo alejado de la tradición.
- El poder autócrata de los emperadores-soldado se ve condicionado por los grupos en poder del poderío económico (los nuevos y antiguos grandes propietarios) que aspiran a controlar el poder político a través de su inclusión en las instituciones, traducido en la escalada de poder que experimenta la clase *equester* durante todo el siglo III.

El vacío de poder y caos militar que experimentó el Imperio durante el siglo III es el que nos permite catalogar como “crisis” los cambios que sufrieron las instituciones, al verse Roma sacudida por una anarquía que provoca la adaptación a la misma de los territorios sometidos a su mando: la provincia de la Galia es el ejemplo idóneo en el caso del *limes* occidental, y Palmira en el *limes* oriental.

La Galia supondría un modelo en la parte occidental del Imperio para explicar el impacto que la anarquía militar que imperó durante la crisis del siglo III significó para las provincias fronterizas: los cambios socioeconómicos que se produjeron explican el carácter del nuevo gobierno que

---

<sup>7</sup> BURY, J.B. *Selected Essays. The Constitution of the Later Roman Empire*. Amsterdam, 1909.

Diocleciano daría forma teniendo en cuenta las diferentes coyunturas, y por tanto, la enorme diferencia que existía entre las provincias cuyo limes se extendía en Oriente u Occidente.

En el periodo 235-84, la Galia había vivido bajo una anarquía militar permanente<sup>8</sup> que ve surgir la figura de un nuevo tipo de emperador. No es un *Princeps* cuyos poderes representan la unión del Senado, el ejército y el pueblo romano, y tampoco un *dominus* heredero de un cargo familiar como los regentes Julio-Claudios. En el nuevo marco del siglo III, los emperadores se alzan como jefes militares a los que el ejército proclama, y que ostentan el poder hasta que no pueden conservarlo por más tiempo, o directamente lo rechazan.

Por tanto, el nuevo emperador romano-galo surgido de la coyuntura que supone la extrema presión bárbara en el *limes*<sup>9</sup>, como era el caso de Galia, nos proporciona el mejor ejemplo de las transformaciones a las que tuvo que verse sometido el Imperio durante la crisis y anarquía militar del siglo III. La creación del Imperio Galo es la reacción de una provincia asolada que necesitaba defenderse, sin renunciar a su “romanidad”.

Durante el reinado del emperador Valeriano, en el 259, un gran ataque del rey persa Sapor amenazó la estabilidad de la frontera oriental de Roma en el río Éufrates. El emperador se dirigió allí al mando de un gran contingente, dejando a su hijo y corregente Galieno asegurando las provincias balcánicas y la capital. Nadie esperaba el desastre que aconteció:

*“Se luchó una gran batalla entre Carrhae y Edesa entre nosotros (los Sasánidas) y el Cesar Valeriano, y nosotros lo capturamos, haciéndole prisionero con nuestras propias manos, así como a otros generales del ejército romano, junto con el prefecto del pretorio, algunos senadores y oficiales. A todos ellos les hicimos prisioneros y les deportamos a Persia.”<sup>10</sup>*

Así narraron los persas sasánidas la captura de Valeriano, que supuso para Roma un acercamiento al posible colapso de su Imperio como nunca antes lo había sufrido. Tras la captura de Valeriano, Galieno nombró César a su hijo Salonino, y lo envió a ocuparse de la delicada frontera gala, consciente de las dificultades que estaban por venir. En la Galia, Salonino, de dieciocho años, se rodeó de un consejo de veteranos recomendados por su padre, entre los cuales estaba Póstumo. Póstumo era un experimentado general que conocía a la perfección la vida de las provincias. Él mismo era de origen báltico, en los actuales Países Bajos, y había escalado en el mando militar desde que entró como soldado raso. Era sin duda el maestro perfecto para el inexperto Salonino, como demostró tras una feroz incursión de los alamanes en territorio galo en 260: esperó a que los bárbaros saqueasen las ciudades y cargasen sus carros con el botín para sorprenderlos en el camino de vuelta, derrotando a unos alamanes que a duras penas podían luchar en su afán por defender lo recién adquirido.

Una vez derrotados los alamanes, Póstumo, como era costumbre entre las tropas de las fronteras, hizo repartir el botín arrebatado a los alamanes entre los valerosos soldados. Esta actitud se explica al entender la precaria situación económica de estas tropas, siendo la mayoría de ellas locales como Póstumo, y que día tras día tenían que ver como sus tierras y familias eran asaltadas por los bárbaros, y muchas veces ignoradas por Roma.

<sup>8</sup> REMONDON, R. *La crisis del Imperio Romano de Marco Aurelio a Anastasio*. Labor, Barcelona. 1973

<sup>9</sup> En detalle en el anterior capítulo: *las invasiones bárbaras*.

<sup>10</sup> Res Gestae Divi Saporis.. *The American Journal of Semitic Languages and Literatures*, University of Chicago, 1940, vol. 57-58, p. 379 (Bibliografía online, p.59)

El reparto de botín llegó a oídos de Salonino, que como César, y pleno de autoridad frente a Póstumo, reclamó el oro para las necesitadas arcas estatales, enviando al prefecto del pretorio Silvano con una orden imperial bajo el brazo.

Póstumo, astutamente, utilizó la carta de Salonino en su propio favor. La leyó frente a los soldados, que rápidamente alzaron las armas y se negaron a devolver lo que les pertenecía. Se alzaron gritos a favor de Póstumo, y en una *acclamatio* general, el ejército le nombró emperador. La lenta reacción de Galieno, que a su vez debe hacer frente a los problemas de la frontera oriental, precipita los acontecimientos; Salonino y Silvano fueron derrotados y la capital de Germania, Colonia, abrió sus puertas al nuevo emperador. El apoyo de la población gala y germana resultó fundamental para la creación del Imperio Galo surgido a partir de Póstumo; así lo explica la Historia Augusta:

*“Mientras Galieno continuaba con su conducta disipada e inmoral, dándose a orgías y a gozos, administrando la Res Pública como lo hacen los niños cuando juegan a ser reyes, los Galos llamaron al poder a Póstumo [...] con el consenso de los ejércitos, contra un emperador ocupado en sus propios deseos.”<sup>11</sup>*

Así, el imperio quedó fragmentado en dos hasta el 277, cuando el emperador Probo devolvió la provincia a la soberanía de Roma, y dio al Imperio una lección que Diocleciano fue el primero en comprender. La administración ya no podía ejecutarse desde Roma, aun dividiendo el mando contando con los césares, pues las particularidades territoriales, tras años de pertenencia al Imperio, habían difuminado la barrera que separaba a los “provinciales” de los “itálicos”. Eran galos, pero también romanos. El apoyo mostrado por la población que vivía tras el limes del Rin tras la revuelta de Póstumo se debe a razones socioeconómicas. Por un lado, conocían a Póstumo, sabiendo que era uno más de ellos, y no se fiaban de los cargos enviados desde la capital, quienes muchas veces abusaban en sus imposiciones tributarias, asfixiando el ya precario comercio. Por otro, la posibilidad de velar por sus propios intereses y defender su territorio sin depender de los caprichos de los emperadores y su acierto a la hora de nombrar generales; el Imperio Galo tendría un senado propio, idéntico a la Curia, con dos cónsules por año. En resumen, los creadores del Imperio Galo buscaban una vuelta a la paz romana, pero sin Roma.

La Galia tuvo su reflejo oriental en Palmira y su breve imperio asiático, que convivió en el tiempo con el Imperio Galo hasta su caída en 272.

La creación del imperio de Palmira comienza también tras la captura del emperador Valeriano por los persas en 259. La ciudad era una encrucijada de caminos en pleno desierto sirio, un oasis rico, con agua abundante, en medio de muchas millas de ardiente desierto, en plena ruta que unía Persia con el Mediterráneo romano.

Palmira no se distinguió en sus orígenes por ser un estado guerrero. Su riqueza provenía del comercio y de su condición de mercado, puesto de avituallamiento y descanso para los numerosos mercaderes que provenían de Asia, África y Europa. Sabedores de que lo que necesita el comercio para prosperar es paz, los palmirenos buscaron la protección de Roma por medio de alianzas, lo

---

<sup>11</sup> *Historia Augusta* - Due Gallieni, 4.3. Disponible en:

[http://penelope.uchicago.edu/Thayer/E/Roman/Texts/Historia\\_Augusta/Gallieni\\_duo\\*.html](http://penelope.uchicago.edu/Thayer/E/Roman/Texts/Historia_Augusta/Gallieni_duo*.html)

que les valió que los agradecidos latinos respetasen su estatus de ciudad libre. Ambas partes salían beneficiadas de su colaboración. Palmira, aunque reconocía a Roma como señor nominal, se enriquecía y administraba por su cuenta, contando con sus propias dinastías reinantes, protegida por las armas romanas apostadas en el río Éufrates y el impenetrable desierto sirio. A cambio, para Roma, contar con Palmira suponía un paso menos en su intento de controlar las rutas hacia Asia y las especias, y sobre todo, un lugar donde los mercaderes romanos podían adquirir la demandada mercancía y trasladarla a la capital.

Durante siglos, la convivencia se tradujo en buenas relaciones. Pero con la llegada de la dinastía Sasánida al trono de Persia, y el afán por la guerra que mostraban los nuevos monarcas de Ctesifonte, la bonanza de Palmira empezó a peligrar. Capadocia cae en manos persas en el año 237, seguida por la provincia de Mesopotamia en 238, lo que supone un descenso importante de los mercaderes llegados a Palmira, pues las fronteras se cierran por la guerra, y las rutas dejan de ser seguras.

Sapor I, el rey que capturó y humilló a Valeriano, condujo una rápida campaña contra el Imperio tras la muerte del emperador Decio (251), seguido de otra aún más poderosa (260) que le llevó hasta Antioquía, la cual saqueó. Esto terminó por despertar a los palmirenos de su pacífica existencia. Los ricos y nobles, la mayoría de ellos mercaderes que veían disminuir poco a poco sus negocios, armaron un poderoso ejército bajo el mando del rey Odenato y acosaron al ejército persa en su regreso a Ctesifonte, cargados de un botín entre el que se contaba el humillado Valeriano. Aunque no consiguieron liberar al emperador, las bajas sufridas por los persas fueron cuantiosas, y el reconocimiento del ejército de Palmira llegó hasta Roma. Galieno, el mismo que permitió a Póstumo establecer un imperio en la Galia, nombró a Odenato “protector de Oriente”, sabedor de que Roma, tras el trauma que había supuesto la captura del emperador, no podría enviar por largo tiempo ejércitos a su frontera oriental, y aliviado por contar con un aliado fuerte protegiendo la frontera oriental.

La situación en Oriente pasó a ser la siguiente: Odenato, en calidad de *totius Orientis imperator*, se convirtió de facto en el encargado de mantener la defensa de unas tierras que ahora pertenecían a Roma sólo nominalmente. El verdadero soberano era Palmira, que continuó con su política militar, dispuesta a revivir de nuevo el tráfico de caravanas que la guerra había frenado en seco.

La colaboración inicial que había mostrado Palmira se truncó, de nuevo, por el desinterés que los emperadores posteriores a Galieno demostraron por mantener en buenos términos las relaciones con la ciudad, dando por asegurado el frente oriental gracias al propio interés de Palmira. Estaban más ocupados en en sus propias rencillas y combates, que llevaban a un general tras otro a ostentar la púrpura. Desde Italia y los Balcanes, la frontera del Éufrates parecía demasiado lejana, así como sus problemas.

Odenato, acusado de poco ambicioso ante la debilidad que mostraba Roma, fue muerto en un complot palaciego por los partidarios de su mujer, Zenobia, que defendían liberarse por fin del yugo de una Roma que, en su caída, poco aportaba ya a Palmira más que la herencia de una cultura y un orden. Precisamente, el Imperio de Palmira es un imperio “a la romana”, tal y como lo fue el Imperio Galo, pero no con un carácter tan latino en sus hechuras. Palmira estaba situada en las antípodas de la Galia, en contacto durante años con griegos, persas, árabes, egipcios y sirios: Palmira era un reino, con un gobierno oligárquico, con un panteón diferente al romano y una descendencia árabe de la que los palmirenos se enorgullecían.

Zenobia, contando con algunas de las legiones orientales y el propio ejército de Palmira, conquistó Palestina y Arabia en el 270. Por último, se lanzó sobre Egipto, el puerto final de las rutas marítimas de las especias provenientes de la India, con la intención de ahogar a Roma, dejándola sin alternativas a la hora de adquirir los tan necesarios productos orientales, y asegurándose la prosperidad comercial a costa del insaciable apetito del Imperio.

El reinado de Zenobia, sin embargo, duró hasta la llegada de Aureliano al poder en 270. La pragmática mentalidad romana había vuelto a adaptarse a los tiempos convulsos en la figura capital que significa Aureliano en este periodo, y cuya política supuso un punto de inflexión para una Roma que se recuperaba del golpe.

Tras proteger la capital con gruesas murallas, consciente de que el Imperio es frágil, Aureliano parte hacia Oriente. Al mando de las legiones del Danubio, fieles al emperador y veteranas de incontables batallas en el *limes*, derrota al ejército de Palmira y pone sitio a la ciudad, sometiéndola junto a su reina, a quien muestra encadenada por las calles de Roma, en 272.

Aureliano fue también el unificador del Imperio al derrotar al mencionado Imperio Galo en el 274, venciendo al emperador usurpador Tétrico en la batalla de los Campos Cataláunicos. El vencedor, sorprendentemente, se mostró magnánimo con los vencidos. Dotó a Tétrico con el mando de una provincia, y Zenobia, tras su humillación, fue dada como esposa a un senador romano. La actitud del emperador viene justificada por los servicios que ambos prestaron a Roma durante las invasiones bárbaras, en las que, aunque rebelándose, mantuvieron a salvo las fronteras del Imperio.

Aureliano, agradecido, no podía sino mostrar clemencia con aquellos que le habían enseñado al Imperio una dura lección. Roma ya no podía seguir siendo por mucho tiempo un único estado, mandado por un solo hombre, y desde una sola capital. Diocleciano tendría muy presente los sucesos ocurridos sólo diez años antes de su reinado para llevar a cabo sus reformas. El sistema tetrárquico comienza a resultar la única alternativa posible ante un imperio tan diverso y amenazado por múltiples frentes, que requerían de muy distintas reacciones y decisiones. La parte positiva es que, aunque tanto Galia como Palmira se habían declarado independientes, ambas habían mantenido, ya sea en la forma institucional y legislativa, como social y económica, los usos que poseían mientras pertenecían al Imperio. Era una clara señal de que no se rebelaban contra la “romanización” o la propia idea de dominación imperial, sino contra el desgobierno que emanaba de la capital, desde donde se parecía ignorar las súplicas de las fronteras y sólo prestarse oídos a los asuntos de la corte. De esta manera, cuando un emperador soldado como Aureliano, que rápidamente demostró que bajo un buen mando, los ejércitos de Roma podían seguir asegurando la paz en las provincias fronterizas, llegó al trono, las provincias lo acogieron con los brazos abiertos.

La razón de la pérdida de confianza en la fuerza del Imperio por parte de las provincias, que se traduce en las rebeliones en la Galia y Palmira, es llamada por Rémondon “el repliegue egoísta”.<sup>12</sup> Este tuvo su razón de ser en la debilidad mostrada en los años pasados por el aparato que, en teoría, debía garantizar tanto la selección de generales competentes que guareciesen las fronteras, como de ratificar a emperadores que estuviesen verdaderamente capacitados para ostentar la púrpura: el Senado.

Las relaciones entre el Senado y los emperadores en el siglo III responden a tres diferentes tendencias políticas.

---

<sup>12</sup> REMONDON, R. *La crisis del Imperio Romano de Marco Aurelio a Anastasio*. Labor, Barcelona. 1973.

- I. Línea pro-senatorial: representada por los emperadores Valeriano, Tácito y Probo durante los años de la anarquía militar.
- II. Línea anti-senatorial: encabezada por Galieno, Caro, Carino y Numeriano.
- III. Línea indefinida: es el caso de Aureliano, que intentó reconciliarse con la antigua institución tras una oposición inicial.

La segunda y la tercera líneas son las más habituales en los emperadores ilirios, quienes supusieron una verdadera monarquía durante el siglo III. Estos emperadores- soldados despreciaban la tradicional *acclamatio* senatorial con la que eran ratificados los emperadores: la *electio*, la elección del ejército vitoreando al nuevo emperador, y la *nuncupatio*, en la que el candidato se coronaba a su mismo con el apoyo popular, pasaron a ser las formas de nombramiento para los emperadores posteriores a los regentes ilíricos.

¿A qué se debe la poca importancia que la antiquísima institución parece ostentar ante el nombramiento de los emperadores, que tradicionalmente le perteneció? Sobre todo, debido a que la clase senatorial se veía relegada de sus funciones políticas tradicionales, que comprendían su único modo de vida y sustentaban su prestigio.

Las familias senatoriales de Roma, la aristocracia del Imperio, aportaban sus hombres para ejercer de funcionarios al Estado. A cambio, ellos obtenían prestigio mientras avanzaban en el *cursus honorum*, alcanzando responsabilidades mayores en función de su riqueza o apoyos. En el siglo III, sin embargo, se encuentran con que dichas funciones que antaño cumplían como miembros de una clase privilegiada han desaparecido en mayor parte. Sus prerrogativas en materia de legislación y de justicia, que eran sus tareas más representativas, ya fueron reducidas durante la dinastía de los Severos, y en el siglo III lo serán en mayor grado<sup>13</sup>. También desaparecen sus poderes sobre aquellas provincias de estatus senatorial; al extenderse por doquier la guerra y la anarquía, no se produce diferencia entre provincias armadas o sin legiones, pasando todas a ser territorios bajo poder imperial.

En dichas provincias, los magistrados ya no son senadores, pues el ejército y la militarización de la sociedad han promovido en las provincias de las fronteras a una clase guerrera, preferida por los emperadores: los *equites*, orden ecuestre tradicionalmente inferior al senatorial. Los emperadores, en su potestad absoluta, y deseosos de restar poder al Senado y rodearse de guerreros iguales a ellos, nombraron numerosos *equites* entre sus oficiales y los provinciales prominentes, pasando en el siglo III a copar los puestos de la administración. Los senadores, si eran enviados como *legados* a alguna provincia, lo hacían sin potestad militar.

Rémondon (1973), a la hora de achacar responsabilidades, alega que la progresiva pérdida de poder del Senado se debe, en su mayor parte, a la deficiente preparación que los miembros de la clase senatorial demostraban en sus misiones, que a su vez suponían cargos de responsabilidad civil que debían garantizar el buen funcionamiento del Estado<sup>14</sup>. La corrupción, los gravosos impuestos y el derroche crearon la figura del gobernador romano que, enviado a una provincia por el Senado, se

---

<sup>13</sup> *Idem*, p.29

<sup>14</sup> *Idem*.

dedicaba a saquearla legalmente antes de finalizar su mandato, dejando tras de sí una población arruinada, que no tardaría en mostrar su rencor acumulado.

Estos abusos eran posibles únicamente en tiempos de paz: cuando una provincia era atacada y el *limes* traspasado, la población esperaba del *legatus* romano una rápida intervención, o al menos decisiva, amén de la fama de los ejércitos de Roma. Esta, en cambio, muchas veces reaccionó lento y de mala manera, debido en parte a la inexperiencia y la poca belicosidad de los *legatus* senatoriales. El disgusto que la aristocracia senatorial fue adquiriendo por la *militia* (ya no se trataba de una guerra de enriquecimiento para el soldado con los botines, sino limitada a las duras campañas en las lluvias de Germania o bajo el ardiente sol sirio) supuso que en el siglo III, tras el decreto de Galieno (261) los senadores estuviesen excluidos de cualquier función militar<sup>15</sup>

El hecho de que la decadencia final del Senado coincida con la eclosión de la anarquía militar del siglo III supone un argumento más para defender la mutación que el Imperio Romano sufría en aquel momento. La necesidad de hombres experimentados que cuidasen las fronteras y mantuviesen contentos tanto a la población como a los ejércitos del *limes* provocó el alzamiento del orden ecuestre, de la clase guerrera, a las altas cotas de la política y la administración; Roma necesitaba soldados, no burócratas y aristócratas. Los emperadores ilirios, todos ellos soldados de humilde ascendencia, representan dicho relevo entre los aristócratas romanos y los militares provinciales. El cambio no fue forzoso, ya que como he mencionado, los primeros despreciaban el servir en el ejército, y los segundos ansiaban entrar en él para fraguarse un estatus y una riqueza en una Roma que admiraban. De esta manera, los *legati legionis* senatoriales fueron sustituidos por *praefecti legionis* ecuestres, y en las gobernaciones de provincia los *legatus Augusti* dejaron paso a los procuradores y *praesides*.

Sin embargo, la ascensión del orden ecuestre tuvo sus consecuencias en unas provincias militarizadas, cuya administración, tanto civil como militar, pasaba siempre por las manos de soldados. El ejército era un cuerpo propio y voluble, como se demostró en la anarquía militar, en donde las luchas entre emperadores provocaron un caos aún mayor que las incursiones en el *limes*: la guerra civil no era una solución a la guerra en las fronteras.

Diocleciano, a la hora de emprender sus reformas, y como ilirio que era, seguramente tuvo esto en cuenta. Él mismo se encontró con dos rivales pretendientes al trono, Carausio en Occidente y Lucio Domicio Domiciano en Egipto, a quienes debe vencer antes de proclamarse *restaurator* del Imperio. Por cómo se habían desarrollado los acontecimientos a lo largo del siglo, Diocleciano se mostró receloso de confiar de nuevo la defensa de su Imperio a unos generales de quienes no se fiaba, y tampoco podía recurrir al Senado, privado de poderes y paralizado. Le preocupaba la duración de su reinado y el levantamiento de aquellos oficiales a los que otorgara un mayor mando de legiones; él mismo se había rebelado contra Carino, su antecesor, derrotándole en batalla, y no imaginaba como algo improbable que uno de sus generales fuese a hacer lo mismo. Diocleciano, vista la anarquía a la que estaba destinada el Imperio bajo el mando de una única autoridad imperial débil, marioneta de sus generales, y descartando al Senado como opción fuerte, tomó la decisión de reforzar plenamente el poder imperial: la Tetrarquía es el producto de años de anarquía, emperadores efímeros y parálisis senatorial, y la principal reforma administrativa efectuada por Diocleciano.

---

<sup>15</sup> *Idem*. P.29.

## ANEXO I



Figura 1: situación política del Imperio Romano hacia el 267 d.C, con el Imperio Galo en Occidente, y el Imperio de Palmira en Oriente.

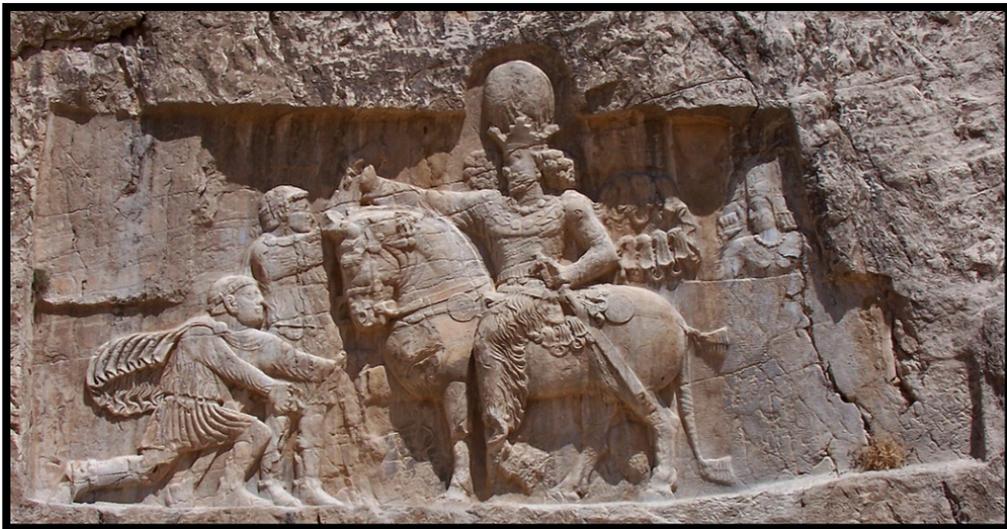


Figura 2: Relieve de Naqš-i Rostam que conmemora la victoria del emperador persa Sapor I sobre el emperador romano Valeriano, arrodillado.

### III- CRISIS ECONOMICA: causas y soluciones

*“El dinero de las ciudades, que había sido recaudado para pagar el sostenimiento del pueblo, o para serle distribuido, o que estaba destinado a representaciones teatrales y fiestas religiosas, Maximino lo malversó para sus necesidades. Las ofrendas depositadas en los templos, las estatuas de los dioses, los ornamentos preciosos de los monumentos públicos, todo lo que contribuía al esplendor de las ciudades, todo el metal que pudiera acuñarse, todo ello, fue tomado y fundido”. (Herodiano, VII, 3,3)*

En el siglo III, el Imperio se encontraba a punto de culminar su *militarización* completa, en todos los aparatos del Estado. La economía, que reacciona a los cambios sociales de manera consecuyente, pronto acusó el verse controlada y legislada por militares. La crisis económica del siglo III es consecuencia de la política de los emperadores- soldado y del sistema resultante tras años y años de presiones bárbaras, que encomendaron al ejército los mandos absolutos de la administración, amén de ser el único aparato que podía garantizar la paz.

Durante este esfuerzo por defenderse y conservar el Imperio realizado durante el siglo III, los patrones que regían el funcionamiento del Estado romano cambiaron inexorablemente. La aparición de la guerra en el seno de las provincias, y no únicamente en las fronteras, fue la consecuencia del poder adquirido por los generales, que pragmáticos en sus ideas, buscaban la paz a través de la guerra, la corona a través de las usurpaciones y el apoyo de los soldados a base de repartos de dinero y exenciones fiscales.

La gran cantidad de generales que se proclamaron emperadores entre los años 235- 285 supuso para el Estado una enorme necesidad de riqueza, transformada en moneda con la que poder pagar a las tropas, pues cada pretendiente echaba mano de todos los recursos a su alcance para hacerse con el trono.

Entre cada nuevo emperador y el próximo, quedaba un rastro de guerra que se saldaba con anarquía, descontrol fiscal y sobre todo, un clima de inseguridad que el Imperio nunca había conocido, y que lo traumatizó, bloqueando su sistema hasta que supo adaptarse.

El primer elemento de la crisis económica derivado de la inestabilidad fronteriza y las guerras civiles fue una grave crisis de producción<sup>16</sup>. La necesidad que cada nuevo emperador o general tenía de mano de obra, (tanto militar como funcional) así como su afán por recaudar rápidamente impuestos, vacía los campos de agricultores y las minas de mineros. Muchos campesinos libres escapan para evitar el ejército o verse arruinados por la inclemencia del fisco, y pasan a vivir clandestinamente. Los mineros, la mayoría de ellos esclavos, aprovechan la anarquía para huir y comenzar una nueva vida en otros lugares, o enrolarse en ejércitos de diferentes competidores por el trono. Esto, junto a la crisis demográfica que provocan las epidemias, el reclutamiento y las guerras civiles, provoca que el Estado otorgue a los pocos siervos fieles que mantiene una cantidad de tareas desorbitada, y a la que no pueden hacer frente, debido a su vez a otra de las consecuencias de la anarquía; la crisis de los transportes.

Hasta principios del siglo III, el Estado romano se ufana de garantizar la seguridad a todo comerciante que se aventurase a negociar en su territorio. Las provincias y sus ciudades estaban unidas entre sí por una enorme red de calzadas estatales, y la paz interna garantizaba a los

---

<sup>16</sup> *Ídem*. P.46

mercaderes llegar a salvo a su destino. Toda la cuenca del Mediterráneo era romana, por lo que el comercio marítimo y fluvial era también un campo seguro en el que los comerciantes podían moverse con libertad, enlazando Marsella con Alejandría, Éfeso con Tarragona, y llegando incluso hasta la India.

La inseguridad causada por la guerra frena en seco estos intercambios: los ejércitos de los aspirantes a emperador saquean provincias fieles a sus rivales, los caminos se llenan de campesinos huidos, que se convierten en salteadores. En el Mediterráneo, tras siglos de paz, los piratas vuelven a aparecer y llenan de miedo a los mercaderes, que ven encarecerse sus negocios al tener que recurrir a escoltas armadas.

Se produce entonces un colapso. Al reducirse la superficie de los cultivos y su productividad debido a la escasez de mano de obra, apenas hay excedentes, y aquellos que se envían a las ciudades para ser vendidos pocas veces pueden salir más allá del mercado local, pues cada vez menos comerciantes emprenden las ahora peligrosas rutas comerciales. Esto, para muchas ciudades, se traduce en carestía. Aquellas ricas en trigo deben almacenarlo, y aunque no pasan hambre, se ven sin recursos esenciales como el hierro, las especias o los objetos artesanales importados y básicos como el textil o la madera. Por otro lado, aquellas prósperas en materias primas ven como almacenan riqueza pero sufren por no poder comprar el cereal que sus grandes poblaciones necesitan para mantenerse, por lo que muchas se vacían, al no encontrar en ellas la población recursos suficientes para sustentarse. El artesanado, al no poder exportarse, se reduce a las ventas locales, por lo que se reduce, y aquellos que pueden prefieren huir al campo. Se alejan de las calzadas por las que penetran los bárbaros, buscando alimento y protección; la figura de la *villa* rústica aparece como la salvadora de estos exiliados de la ciudad.

La crisis de producción y de transportes conlleva una carestía de metales preciosos, que son muy demandados por los aspirantes a emperador y regentes para acuñar moneda y cumplir las promesas efectuadas a cambio del apoyo de las tropas. Pero como un pez que se muerde la cola, los emperadores contrarrestan esta carestía acuñando monedas de un valor cada vez menor, con materiales pobres como el zinc, estaño y plomo, con tal de conseguir el número suficiente de monedas que les permita conservar el poder. Con el emperador Caracalla (211-217), un *antoniniano* poseía un 50% de plata, mientras que bajo Galieno (260-268) esta se había reducido a un 1%. A partir de Galieno, el resto de emperadores no tuvieron reparos en crear cecas, en muchos casos sin control ni registro de las emisiones, que ponían en circulación monedas con la efigie de los pretendientes y cuyo valor era muy bajo, aunque su abundancia enorme<sup>17</sup>. Para estos emperadores, la emisión estaba justificada porque de ella dependía su permanencia en el poder. El presupuesto del ejército había aumentado de 800 millones bajo Septimio Severo, hasta los 1350 millones a mediados del siglo III. La lealtad de los soldados se basaba en la fiabilidad del cobro del *stipendium* y el *donativum*, cuyas cantidades habían aumentado acorde al poder que ostentaba el ejército y las continuas emisiones de moneda: un legionario de Septimio Severo recibía 400 denarios anuales, mientras que otro en el año 299 percibía 12.500 denarios. Y era el Estado, exclusivamente, quien debía hacerse cargo de dicho gasto, lo que provoca una intervención estatal a gran escala sobre el fisco, cuyo cobro garantiza la permanencia de los emperadores.

Por otro lado, los grandes propietarios, aquellos que descendían de familias antiguas y rentistas, y que no se fiaban de las nuevas monedas imperiales, guardaron con celo sus reservas de metales

---

<sup>17</sup> APARICIO PEREZ, A. *Las grandes reformas fiscales del Imperio Romano*. Universidad de Oviedo, Oviedo. 2006.

brutos y monedas antiguas, cortando de raíz cualquier posibilidad de enderezamiento de la situación.

Pero que hubiese una gran cantidad de moneda en circulación, dada la enorme inflación, no suponía más que la división de una riqueza que no existía como tal, y que junto con la continua alza de los precios, llevaba a los súbditos del imperio a una situación límite; cuanto más moneda había, más caro era abastecerse de productos básicos como el trigo o el aceite. Por ejemplo, una misma medida de trigo costaba 2 denarios en el año 200, mientras que su precio se eleva a 50 en el 276, y alcanza los 330 denarios en el 301.

Esta inflación provoca que los inversores privados se muestren mucho más reacios a emprender operaciones de crédito, pues la situación de inestabilidad apenas les garantiza beneficios. Esto, unido al intervencionismo estatal sobre la economía que demuestran cada uno de los sucesivos emperadores, a las manos de *argentarii* (banqueros) y *coactores argentarii* (intermediarios y prestamistas en las subastas), que además se ven sustituidos en sus funciones por funcionarios estatales como los *mensularii* (banqueros públicos), que se encuentran bajo control de los *praefectus urbi* de las ciudades. Los banqueros guardan sus fortunas, esperando emperadores más “liberales”. Esta situación, que restringe el acceso al numerario valioso por parte del Estado, al guardar los particulares sus reservas de plata y oro sin acuñar o en moneda vieja para tiempos mejores, provoca que el pago en *especies* se convierta en la alternativa a una moneda que ha pasado a valer poco. Es ya Diocleciano quien paga a los soldados en *natura* con carne, trigo, vino, cebada, sal o aceite, pues la coyuntura económica era tal que hacía inútil la retribución en numerario al estar tan reducido el poder adquisitivo de los sueldos.<sup>18</sup> Además, pagando en especie, el Estado detraía para sí el beneficio de la moneda devaluada, impidiendo su mayor circulación y tratando de simplificar las transacciones mediante el uso de monedas antiguas aún en uso, valiosas aún por su carácter pre-inflacionario.

La inflación que caracteriza la crisis económica del siglo III no se debe únicamente al descontrol de los emperadores a la hora de emitir moneda e instaurar cecas, con la consecuente devaluación monetaria, sino porque esta se vio también acompañada de la gran carga fiscal que suponía el mantenimiento de la administración burócrata y militar y la incesante subida de precios; los costes sociales de la inflación recayeron en los miembros de las clases propietarias y trabajadoras, a quienes se responsabilizó del enderezamiento de la situación a través de sus obligaciones fiscales.

La crisis de producción y de transportes que vivía el Imperio no ayudó a que los impuestos entregados por dichas clases, propietaria y trabajadora, llegasen a su destino y cumpliesen su función. Por un lado, la crisis monetaria generaliza el impuesto en especie, pero se encuentra con que dichos productos no pueden alcanzar las capitales de provincia, o Roma misma, por la carencia de medios de transporte o la inseguridad de los caminos.

Sin embargo, se impone un “deber fiscal”<sup>19</sup> entre los ciudadanos del Imperio. Las ciudades, aunque les cueste su supervivencia, se esfuerzan por mantener los plazos y cumplir con sus obligaciones con el fisco. Muchos recaudadores de impuestos acumulan las rentas obtenidas, y aunque en algunos casos existe fraude por parte de dichos funcionarios, que acaparan dicho dinero, al final entregan al Estado, cuando pueden, la parte que le corresponde. En el campo, los propietarios de las *villae* guardan las cosechas y esperan la llegada de los funcionarios estatales, registrando la parte

<sup>18</sup> BRAVO CASTAÑEDA, G. *Coyuntura Sociopolítica y Estructura Social de la Producción en la época de Diocleciano*. Universidad de Salamanca, Salamanca. 1980. P.319

<sup>19</sup> REMONDON, R. *La crisis del Imperio Romano de Marco Aurelio a Anastasio*. Labor, Barcelona. 1973, p.38

aportada por cada campesino a su cargo, a fin de demostrar que el orden interno del Estado es superior a los conflictos civiles y a la anarquía.

Entre estos propietarios rurales también se dan los casos de aquellos que juegan a su favor con la condición de privilegiados que ostentan. Tras acaparar los bienes, los venden a precios altos, especulando con la moneda devaluada en circulación, poco atractiva para ellos (prefieren negociar en especie o con monedas viejas), pero necesaria para los más afectados por la crisis (campesinos, ciudadanos, el Estado...), que venden tierras que ya no pueden aprovechar por la falta de mano de obra que provoca la anarquía. Ésto se traduce en una gran concentración de bienes en manos de los más afortunados y en una polarización de la sociedad que avanza lentamente hacia su máxima expresión en el Medioevo. Se está gestando una crisis social en la que las clases medias ciudadanas y rurales, esquiladas, pasan a engrosar el escalón de los pobres, quedando frente a una clase rica beneficiada por la especulación y la acumulación de bienes.

Diocleciano hereda un Imperio en continua inflación y que camina hacia la predominancia de la “economía en especie” debido a los factores ya citados de crisis de producción, de transportes y monetaria. Por un lado, la escasez de trigo, aceite y demás alimentos básicos por falta de productividad agrícola provocó la subida de los precios, que trató de afrontarse mediante el aumento de circulación monetaria. Pero al no poder frenarse el continuo alzamiento debido a la anarquía de los emperadores y su emisión casi constante de moneda devaluada, el camino elegido fue retroceder al trueque y al intercambio en especie, que garantizaban a los comerciantes conocer el precio de sus intercambios. Esta mutación hacia la economía en especie tuvo, en cambio, su excepción en las clases más privilegiadas, que guardaron sus reservas de moneda no devaluada y se aprovecharon de su condición de receptores de impuestos en especie para enriquecer sus cuentas a base de la venta de productos y de comerciar con monedas cuyo valor ahora era mucho mayor. En la época de Diocleciano, un denario de acuñación pre-inflacionaria valía 150 veces más que el mismo denario acuñado en tiempos del emperador ilirio. Esto confería a los propietarios acomodados y aristócratas una ventaja clave en los negocios. Les situaba como controladores de riqueza, y sobre todo, llevaban al Estado a depender de ellos y establecer negociaciones para persuadirles de liberar las cantidades de numerario atesoradas. Era, en resumen, el ejemplo perfecto de que la ley económica de Gresham (que cataloga a las monedas como “buenas” o “malas”, y advierte sobre cómo la “mala” siempre acaba expulsando del mercado a la “buena”) se estaba cumpliendo a rajatabla.

Diocleciano fue consciente de la polarización extrema que comenzaba a sufrir la sociedad romana, dividida entre ricos (*honestiores*) en posesión de monedas viejas y especies, y pobres (*humiliores*) con grandes cantidades de moneda devaluada y pocas reservas de *natura* dada la carestía de excedente. El emperador, en sus reformas, trató de proteger la situación económica de estas clases medias e inferiores que se encontraban en clara desventaja, aun teniendo que asumir el enfrentamiento con los senadores y los *equites*. La inflación, en cambio, permaneció imparable hasta bien entrado el siglo IV, prolongando una crisis económica que se saldó con la decadencia del intercambio monetario y la aceptación del que sería el método de negocio más común en el Bajo Imperio y la Alta Edad Media: el trueque y la economía en especies.

**Peso teórico del denario; desde César hasta la reforma de Aureliano (274)<sup>20</sup>**

<b>Denario</b>	<b>César</b>	<b>Augusto</b> <i>(post 2 a.C.)</i>	<b>Nerón</b> <i>(post 64)</i>	<b>Trajano</b>	<b>Marco Aurelio</b> <i>(post 170)</i>	<b>Cómodo</b>	<b>Septimio Severo</b> <i>(post 197)</i>	<b>Caracalla</b> <i>(post 215)</i>	<b>Aureliano</b> <i>(post 274)</i>
Peso teórico (aleación): en libras (=327,168 g)	1/84	1/84	1/96	1/99	1/100	1/111	1/111	1/105	1/126
Peso teórico (aleación): en gramos	<b>3.895g</b>	<b>3.895g</b>	<b>3.408 g</b>	<b>3.305g</b>	<b>3.272 g</b>	<b>2.947g</b>	<b>2.947g</b>	<b>3.116g</b>	<b>2.597g</b>
% de sólo plata	98%	97%	93,5%	89,0%	79,0%	73,5%	58%	46%	2,5%
Peso teórico (plata): en gramos	<b>3,817g</b>	<b>3,778g</b>	<b>3,186 g</b>	<b>2,941g</b>	<b>2,570 g</b>	<b>2.166g</b>	<b>1.710g</b>	<b>1,433g</b>	<b>0,065g</b>

<sup>20</sup> Cuadro extraído a partir de datos de: BELLONI, G.G, *La moneta romana*,2002, y SAVIO, A. *Monete romane*, 2012

## **CRISIS DE IDENTIDAD: romanos, pero sin Roma**

Los ejemplos citados en el segundo capítulo, nombrando el Imperio Galo y el Reino de Palmira como una consecuencia del desgaste que la ascendencia del poder militar estaba infligiendo al Imperio Romano, sirven a su vez para explicar por qué Roma sobrevivió a tamaños eventos que hicieron peligrar sus cimientos, que vio fragmentado y saqueado el Imperio como hasta entonces nunca lo había sido.

Llegó a Diocleciano dividido en tres partes, acosado en las fronteras, en lo que parecía un nuevo capítulo más en la historia de uno de los emperadores soldado, de reinado efímero, que se habían sucedido durante la anarquía militar. Diocleciano, en cambio, gozó de una ventaja cuando finalmente se hizo con el poder. Se encontró con que el Imperio, aunque aparentemente roto por fuera, por dentro era aún un elemento demasiado arraigado en la sociedad como para verse afectado por los sucesivos e inestables reinados de los emperadores soldado. La crisis económica, y cómo los ciudadanos del Imperio la afrontaron, supusieron a su vez un elemento de cohesión. Y se demostró que el Estado debía, por su supervivencia, adaptarse a las nuevas coyunturas que debía hacer frente, como eran la pérdida de la paz romana y el permanente estado de guerra, que provocaron, entre otras cosas, el aislamiento de provincias como Britania, que debieron administrarse por sí solas hasta que los ríos volvieron a su cauce.

Esta autonomía de las provincias durante la crisis del siglo III se salda con los ya citados ejemplos de Palmira y el Imperio Galo en Oriente y Occidente. Sin embargo, ambos “imperios” continúan utilizando una administración fuerte que heredan de las reformas emprendidas por la dinastía de los Severos a comienzos del siglo III. La debilidad de los emperadores, cuyos reinados son breves y a menudo incompletos (gobiernan sólo sobre provincias que les son fieles), hace que esta administración se independice del poder imperial y funcione como un mecanismo natural gracias a la permanencia que le otorga la sociedad, que a su vez garantiza su supervivencia por medio de los valores compartidos: docilidad pasiva ante los sucesivos emperadores, y sobre todo, la voluntad de defender el Imperio<sup>21</sup>

Las provincias menos romanizadas, como Bélgica y Panonia, o aquellas que han pasado a ser plenamente romanas hace poco tiempo, como Palmira, suponen las primeras grietas en la unidad romana que el terremoto de la anarquía militar provoca. Ya he analizado el caso de Galia y Palmira en el segundo capítulo, pero ambas vienen al caso ya que demuestran un patriotismo particular ante Roma, que defiende sus intereses egoístas. No hubo espacio para los nacionalismos durante la anarquía militar, sino una serie de provincias que veían mejor defendidos sus intereses si se apartaban políticamente de una Roma que ya no podía cumplir los acuerdos alcanzados a cambio de su vasallaje. Pero como el legado institucional seguía demostrándose efectivo, y el cultural tolerable e incluso asimilado, no era pertinente apartarlos.

Esta división, aunque traumática, podemos catalogarla con el paso del tiempo como beneficiosa para la supervivencia del imperio durante dos siglos más. Hasta las secesiones de Galia y Palmira, el centralizado gobierno romano había reaccionado lentamente a los rápidos ataques en el *limes*, amén de la lentitud de las comunicaciones y la transmisión de información que correspondía a un territorio tan vasto. Las provincias, afectadas por esta situación, reducen la aplicación de recursos humanos y materiales a sus propias esferas locales, siendo la única solución al problema. Se

---

<sup>21</sup> REMONDON, R. *La crisis del Imperio Romano de Marco Aurelio a Anastasio*. Labor, Barcelona. 1973

produce entonces una regionalización de la defensa y un mejor empleo de los medios, contrarrestando los defectos de un Imperio centralizado, pero por el que aún se lucha tanto en Oriente como en Occidente.

La gran lección que Diocleciano parece sacar de este periodo de crisis, a juicio de las reformas que emprendió durante su reinado, es que el Imperio ya no podía valerse de su maquinaria adaptada a los tiempos de paz (calzadas, legiones móviles, abastecimiento a gran escala para las tropas gracias a la red de transportes), simplemente porque se habían demostrado insuficientes. De la misma manera, ya no eran los romanos italianos quienes defendían las fronteras del Imperio: los provinciales, de los que él era parte, eran ahora la nueva columna vertebral de Roma. Esta “provincialización” se tradujo en una mayor notoriedad de los particularismos de cada provincia, que comenzaron el ya mencionado “repliegue egoísta”; una defensa de sus propios intereses, basándose en sus propias legiones locales, y desarrollando su propio comercio y economía. Diocleciano, percibiendo esto, redirigió el rumbo del Imperio sin realizar un viraje brusco, puesto que en muchos sentidos la coyuntura era ya irreversible. No podía retrocederse a la Roma unida de los emperadores hispanos (Trajano, Adriano...), pues ni se disponía de suficientes hombres, ni de la suficiente seguridad como para movilizar un gran número de legiones sin dejar desguarnecidos otros frentes. Además, la “provincialización” había provocado que las legiones de uno u otro lugar se mostrasen contrarias a abandonar sus lugares de origen, tal y como era costumbre en tiempos pasados. Los hombres querían seguir defendiendo a Roma, pero no someterse a los caprichos de esta, que tantas decepciones les habían acarreado. Preferían ser fieles al Imperio, pero asegurarse de que, cuando volvieran de la batalla, sus bienes y familias seguirían donde estaban. Ésto, dado el historial de las invasiones durante el siglo III, no estaba asegurado, por lo que las legiones cada vez se tornaban más inmóviles y reacias a alejarse de sus hogares.

Se trataba, por tanto, de ser romanos, pero rechazando lo que Roma, con sus gravosos impuestos y sus generales incompetentes, había demostrado ser en las fronteras. Hizo falta una generación entera de provinciales, los emperadores ilirios, para que de una vez, la capital del Imperio se percatase de que en sus dominios ya no había una sola Roma, sino muchas, tantas como provincias habían conquistado sus gloriosos antepasados.

## ANEXO II



Figura 1: organización del *limes* germánico-rético.



Figura 2: Arco de Ctesifonte, perteneciente al palacio real en la capital del Imperio Sasánida. Persia es considerada por muchos como la némesis de Roma: la grandeza de sus ciudades y cultura eran equiparables a las del Imperio, y muchos de los usos adquiridos por los emperadores-soldado provenían de Oriente.

## LAS REFORMAS DEL EMPERADOR DIOCLECIANO (284-305)

### I. EL ASCENSO AL PODER DE DIOCLECIANO

Cayo Aurelio Valerio Diocleciano nació en la ciudad de Dioclea<sup>22</sup> (Duklja, Croacia), en torno al año 240. Recibió el nombre griego de Diocles. El hecho de que el futuro emperador se llamase como su lugar de nacimiento muestra unos orígenes humildes. El historiador Eutropio escribe que “unos dicen que era hijo de escriba, y otros que era un liberto del senador Aulino”<sup>23</sup>. Autores como Barnes y Bowman señalan que este podría haberse valido de escritos de oposición a Diocleciano; todos coinciden, sin embargo, en el origen humilde del emperador, que comenzó su carrera en los escalones más bajos de la sociedad romana.

La vida de Diocleciano es oscura durante sus primeras etapas. Se sabe que se enroló en el ejército en su adolescencia<sup>24</sup>, sirviendo en las legiones apostadas en su provincia natal, el Ilírico. Como describí en el primer capítulo, el Ilírico era una provincia “militarizada” en la que el contacto con la guerra, motivada por los bárbaros que cruzaban el Danubio, era permanente. Esto creó una tradición guerrera que llevaba a la mayoría de los hombres del Ilírico a servir en el ejército, también gracias a los beneficios que este aportaba. Además de los pagos, servir en las *militia* era la única opción para un provincial que quisiese ascender socialmente: los soldados entraban en el ejército como *humiliores*, pero salían como *honestiores*. La pérdida de responsabilidad militar de los miembros de la clase senatorial dejó un vacío de cargos llenado por provinciales que, como Diocleciano, compartían un mismo perfil humilde, pero a su vez más preparado para la dura vida en las fronteras. Diocleciano siguió los pasos correspondientes a una carrera militar reconocida: en 280 era *dux Moesiae*, gobernador encargado de la provincia de *Moesia* (actual Serbia), con la misión de proteger la zona del bajo Danubio.

En 282 el emperador Probo fue asesinado, proclamándose emperador su prefecto del pretorio Marco Aurelio Caro, que según Aurelio Víctor, nombró a Diocleciano *domesticus regens*, “guardia del emperador”, de la que en 284 llegó a ser el jefe.<sup>25</sup>

Los dos años que Diocleciano pasó en la corte de Caro seguramente le sirvieron para aumentar su experiencia como político y gestor, ya adquirida en gran parte en las fronteras. Formó parte del ataque a los persas sasánidas comandado por Caro en 283, conociendo Oriente, y viviendo la experiencia que suponía el salvaguardar dos fronteras muy diferentes, en su propia piel.

Los romanos vencen fácilmente en la campaña de 283, pero se topan con una desgracia inesperada: Caro muere en el transcurso de la campaña, mientras el imparable ejército avanzaba hacia Ctesifonte. Traumatizado por la noticia, y con las legiones espantadas por ver de nuevo cómo Persia se llevaba consigo a un emperador (el miedo que los legionarios tenían a adentrarse en Persia provenía de antaño: desde las legiones republicanas de Craso, pasando por Trajano, Gordiano y

---

<sup>22</sup> AURELIO VICTOR, *Epitome de Caesaribus*: “matre pariter atque oppido nomine Dioclea, quorum vocabulis, donec imperium sumeret, Diocles appellatus”. También Lactancio: *De moribus persecutorum*, se refiere a su nombre como Diocles. Las ruinas de la antigua Dioclea, ahora Duklja, están en Montenegro, cerca de la capital Podgorica. Disponibles en: [www.roman-emperors.org/epitome.htm](http://www.roman-emperors.org/epitome.htm).

<sup>23</sup> EUTROPIO, *Breviarium ab Urbe condita*, traducción de E. Falque. Gredos, Madrid. 1999. (Bibliografía online, p.59)

<sup>24</sup> APARICIO PEREZ, A., *Las grandes reformas fiscales del Imperio Romano*. Universidad de Oviedo, Oviedo, 2006, p. 47.

<sup>25</sup> *Idem*.

Valeriano), el hijo de Caro, Numeriano, en calidad de emperador, ordenó emprender la retirada aconsejado por Flavio Apro, su prefecto del pretorio.

En 284 el ejército se encontraba aún en Emesa (Siria), cuando el emperador Numeriano, al abandonar la ciudad, comenzó a mostrar síntomas de enfermedad. A todos les sorprendió, pues hasta entonces no había demostrado problema alguno de salud. Se encerró en su carroza, y tras varios días, cuando el ejército alcanzó Nicomedia, sus oficiales se decidieron a abrirla, perturbados por el extraño olor que emanaba: dentro encontraron el cadáver de Numeriano, muerto desde hace días<sup>26</sup>.

Los tribunos del ejército descabezado eligieron emperador a Diocles el 20 de noviembre de 284<sup>27</sup>, mientras pedían la cabeza del hasta ahora anónimo asesino de Numeriano. El día de la *acclamatio* de Diocleciano, frente al ejército de Oriente reunido, el nuevo emperador acusó al prefecto del pretorio de Numeriano, Flavio Apro, de haber urdido su muerte, y frente a los asistentes, desenvainó la espada y lo ajustició.

Esta maniobra le valió el reconocimiento pleno de los soldados, que lo vitorearon, y asimismo la eliminación de uno de los que seguramente hubiera sido un rival político de envergadura, dado su cargo de importancia. Diocleciano había visto pasar ante sí demasiados emperadores traicionados por sus oficiales como para dejar un cabo suelto en su recién adquirido mandato. La *permanencia* en el poder fue una de las cuestiones que más preocupó desde el principio al emperador ilirio, que era consciente de lo peligroso del cargo que ostentaba.

La *Historia Augusta* da otra razón a esta reacción del emperador:

“Alrededor del 270, mientras contaba atentamente los denarios en su mano para pagar la comida que había consumido en una taberna cercana a Lieja, se le acercó una druidesa que lo recriminó por su tacañería; Diocleciano la responde que cuando se convirtiese en emperador no repararía en dar buenas propinas. Entonces la druidesa le advierte de no bromear, y le profetizó que se convertiría en emperador después de matar a un jabalí (*aper*).”

Sin embargo, autores críticos con la *Historia Augusta* como Gibbon señalan que Apro fue muerto sin juicio previo, y que la inocencia de Diocleciano en el asesinato de Numeriano no puede afirmarse, vista su rápida reacción ajusticiando a Flavio Apro<sup>28</sup>. El mismo Gibbon señala que probablemente el mismo Diocleciano fue el líder de un complot que planeaba desde el principio acabar con Numeriano, que al parecer era un jefe “más inclinado a la poesía que a las armas”.<sup>29</sup>

Hasta este momento, dos de los síntomas más importantes de la crisis del siglo III se habían manifestado. Por un lado, la usurpación, que se había traducido en una anarquía militar permanente, patente en la llegada al trono de Diocleciano, a través del asesinato y de la *acclamatio* del ejército. Por otro, la impunidad con la que los generales eran nombrados emperadores. Aunque todavía estos

<sup>26</sup> LEADBETTER, W., *Numerianus (283–284 A.D.)*. “*De Imperatoribus Romanis*”, 2001. [www.roman-emperors.org/numerian.htm](http://www.roman-emperors.org/numerian.htm).

<sup>27</sup> BOWMAN, A., *Diocletian and the First Tetrarchy*, in *The Cambridge Ancient History*, XII: *The Crisis of Empire*. Cambridge University Press, Nueva York. 2005.

<sup>28</sup> GIBBON, E., *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano*. Tomo I, *Desde los Antoninos a Diocleciano (Años 96 a 313)*. Turner, Madrid. 1984.

<sup>29</sup> *Idem*.

no contasen con el apoyo del Senado, se hacía evidente la debilidad de la clase senatorial a la hora de ejercer funciones que habían sido fundamentales en la Roma del Alto Imperio.

Ya en la elección de Caro, la Curia había tenido poco que decir, pues aunque desaconsejó su nombramiento, fue ignorada, y los soldados impusieron el candidato que para ellos representaba el ejemplo de un buen líder.

Diocleciano era uno más de los emperadores soldados que los aristócratas de Roma, los miembros del *ordo* senatorial, veían como simples legionarios elevados a los altares. También gozaban de una visión particular en el extranjero, tal y como atestiguan los embajadores persas que, en la campaña de 283, visitaron el campamento del emperador Caro, donde también se encontraría Diocleciano.

“Llegaron los embajadores al campamento hacia el anochecer, cuando las tropas estaban aplacando el hambre con una ración escasa. Manifestando su deseo de acercarse a la presencia del emperador romano, condujeronlos al fin hasta un soldado descansando sobre el césped, dedicado a comer por cena un pedazo de tocino rancio y algunos guisantes duros, siendo un ropaje tosco de color púrpura el único realce que lo diferenciaba de sus compañeros. Siguió la conferencia ajena de todo primor cortesano, y finalmente Caro, quitándose el gorro que llevaba para disimular su calvez, protestó a los embajadores que si su dueño no reconocía la superioridad romana, en breve dejaría Persia tan desnuda de árboles como lo estaba su propia cabeza de cabellos.”<sup>30</sup>

Esta humildad y estoicidad propia de los militares había penetrado en el ejército a medida que los miembros de la clase senatorial dejaban paso a los *equites* en la adopción de los puestos de mando. Diocleciano, al igual que el resto de emperadores ilirios y muchos de sus antecesores, no se diferenciaba de Caro en su frugalidad y sencillez propias de las condiciones de vida del legionario raso. En un ejército siempre a la defensiva y escaso de dinero, los derroches correspondían siempre a aristócratas poco preparados e inadaptados, desconocedores de la vida en campaña, como Numeriano, que no eran vistos con buenos ojos por una mayoría de tropas provinciales acostumbradas a sobrevivir en las duras condiciones del ejército fronterizo.

Prosiguiendo con la tendencia habitual a la muerte de un emperador en el siglo III, hubo otros dos aspirantes al trono, además de Diocleciano. Carino, el hermano de Numeriano, llegó rápidamente a Roma y se hizo nombrar cónsul por el Senado, divinizando a Numeriano, y acusando a Diocleciano de ser un simple usurpador. En Italia, mientras tanto, el gobernador Marco Aurelio Sabino Juliano también se proclamó emperador, y se encontró con las tropas de Carino en Verona, cuando este acudía a enfrentarse a Diocleciano en Oriente<sup>31</sup>. Carino venció a Juliano, que fue asesinado. Diocleciano y sus partidarios aprovecharon este suceso para acusar a Carino de tirano y opresor. De nuevo, la guerra civil se cernía sobre el desgastado Imperio.

Una de las maniobras más hábiles de Diocleciano en su lucha por mantener el poder fue la de elegir como cónsul, junto a sí mismo, al senador Cesonio Baso, perteneciente a una antigua familia senatorial.<sup>32</sup>

---

<sup>30</sup> *Idem*, p. 359.

<sup>31</sup> BOWMAN, A., *Diocletian and the First Tetrarchy*, in *The Cambridge Ancient History*, XII: *The Crisis of Empire*. Cambridge University Press, Nueva York. 2005.

<sup>32</sup> *Idem*, p. 69.

Baso había sido un hombre favorecido por el emperador Probo, que había reconocido en él un político capaz y magnífico gestor que conocía la burocracia y los entresijos del Estado, y como miembro de la aristocracia senatorial, estaba al tanto de los rumores que circulaban en el Senado. Diocleciano vio en Baso un noble socio. Este le acercaría al Senado, muy distanciado del emperador por las políticas de sus antecesores, lo que le valdría un apoyo basado en la tradición. Se presentaría al pueblo romano como el verdadero *Princeps*, que contaba con el Senado, despreciando así la candidatura de Carino.<sup>33</sup>

Los ejércitos de Carino y Diocleciano se encontraron en la primavera de 285 en Moesia. Carino fue derrotado, traicionado por sus propios generales antes del comienzo de la batalla, en falso desacuerdo con la táctica elegida para combatir a Diocleciano, quien más tarde recompensó a los traidores<sup>34</sup>

El emperador se dirigió a Roma, más por motivos populistas que prácticos, en su empeño por mostrarse como un *restaurator* y líder legítimo. Sin embargo, cerca de la capital, un mensajero le informó de una reciente invasión de pueblos cuados y marcomanos, en el curso alto del Danubio. El emperador decidió pasar el menor tiempo posible en la ciudad<sup>35</sup>, ya que en las fronteras los ejércitos reclutados por los contendientes Carino y Sabino Juliano, habían quedado mermadas. Marchó rumbo al norte a los pocos días, maldiciendo la distancia que separaba el *limes* de la Ciudad Eterna, y confirmando las tesis que rondaban en su cabeza. Su nuevo Imperio no iba a ser dirigido desde aquella ciudad lejana, mal defendible, y ajena a la guerra.

Frenada la invasión, Diocleciano estableció su corte en Milán<sup>36</sup>, mucho mejor situada en vistas a posibles ataques tanto en la frontera del Rin como en la del Danubio, y allí tuvo un amargo primer contacto con las tareas cotidianas de un emperador. Tras el periodo anárquico que siguió a la muerte de Probo, la burocracia se había colapsado. Las peticiones, cuestiones legales y cartas se contaban por cientos, y la llegada de un emperador estable, que había salido victorioso de los primeros envites, no había hecho sino aumentar las tareas de un Diocleciano que pronto se vio abrumado. Gobernar el Imperio era tarea imposible para una sola persona, pues eran tantas las provincias, las ciudades, tantos los ciudadanos que debían apelar directamente al emperador, que el flujo burocrático hacia este era constante. Y aquello fue un motivo más, de los muchos que tenía, para establecer las reformas que el emperador comenzó en el verano de 285.

---

<sup>33</sup> BARNES, T.D., *The New Empire of Diocletian and Constantine*, Harvard University Press, 1981.

<sup>34</sup> LEADBETTER, W., *Carinus (283–285 A.D.)*. *De Imperatoribus Romanis*. 2001. Disponible en: <http://www.roman-emperors.org/carinus.htm>.

<sup>35</sup> SOUTHERN, P., *The Roman Empire from Severus to Constantine*. Routledge, 2001, pp 135- 331.

<sup>36</sup> POTTER, D.S., *The Roman Empire at Bay: AD 180–395*. Routledge, Nueva York, 2005 (PDF).

## II. REFORMA POLÍTICA

### LA INVENCION DEL SISTEMA TETRÁRQUICO

Para Diocleciano, ocupar el trono imperial supuso un éxito profesional, pero también una gran incógnita personal, al estar su futuro expuesto a las voluntades de sus súbditos. El pasado pesaba como una losa sobre él; la mayoría de sus antecesores habían muerto poco tiempo después de lucir la púrpura, traicionados por sus propios oficiales, caídos en batalla o envenenados por conspiradores.

Para poder ejecutar las reformas que tenía en mente, Diocleciano necesitaba revertir esta situación. La duración de su reinado y la permanencia de las políticas emprendidas en este fueron sus mayores preocupaciones.<sup>37</sup>

Diocleciano nombró César a Maximiano en julio de 285 e inauguró la *diarquía*: el César fue elevado a corregente, en el mismo escalafón que el emperador, mandando cada uno sobre una parte del Imperio. Maximiano se hizo cargo de las legiones de Occidente, que dirigió desde Milán y Aquilea<sup>38</sup> mientras que Diocleciano gobernó Oriente desde Nicomedia.

Los diarcas se esforzaron por mantenerse iguales en sus poderes civiles y militares, pero sus relaciones en términos religiosos mostrarían que Diocleciano era la cabeza de ambos, titulado como *Iovius* (de Júpiter), mientras que a Maximiano se le presentó como *Herculius*. Estos títulos dejaban claro el rango que cada uno ostentaba en el escalafón imperial: Diocleciano sería la cabeza del Estado, que mandaría a su brazo firme y heroico (Maximiano) en su lucha por levantar el Imperio. Ambos, sin embargo, se presentaron como representantes de la divinidad, sin adquirir la condición divina que algunos antecesores no habían dudado en atribuirse.

Diocleciano intentaba presentarse como un señor absoluto terrenal que, gracias a la buena elección de los dioses -que un libertino ascendiese a emperador parecía obra de los mismos-, había recibido la púrpura y había sido coronado emperador. Para consolidar su poder, reforzó la simbología imperial a partir de *insignia* (diademas, capas púrpuras, espadas...) y llevó a cabo la publicación de *principia* que justificaban su gobierno (Bravo Castañeda, 1980, p 47). Esto, aunque le procuraba una imagen poderosa y unificadora que muchos de sus súbditos ansiaban tras años de anarquía, también le distanció de ellos. Pero era necesario esa divinización para emprender las rupturistas reformas de Diocleciano, pues sólo podían ser efectivas si el emperador era reconocido como el principio y el fin del orden, y como un hombre inefable por su condición de "semidios".

La elección de Maximino como emperador en igualdad de condiciones, y más tarde la de sus sucesores, los *tetrarcas*, con también las mismas potestades, era un ejercicio de autocracia que rebasaba la potestad que, teóricamente, el pueblo de Roma confería a un emperador. Diocleciano establecía sus reglas sin consultar con el Senado, ni con nadie, por lo que necesitaba mostrar ante el pueblo que obedecía a fuerzas mayores que las de su simple intuición o intelecto. Esta situación tiene su parangón en Oriente, donde la mayoría de los soberanos persas, griegos y egipcios se mostraban como hijos de los dioses y arrastraban una tradición autócrata característica de Oriente Medio en la Antigüedad. Los romanos republicanos, al igual que los griegos durante las Guerras

---

<sup>37</sup> REMONDON, R., *La crisis del Imperio Romano de Marco Aurelio a Anastasio*. Labor, Barcelona. 1973, p 45.

<sup>38</sup> *Idem*.

Médicas, veían en la pompa y la simbología de los monarcas orientales un exceso que les alejaba de los valores terrenales y volvía a los monarcas presuntuosos, altivos e inconscientes.

Pero en el siglo III, Oriente no era el único foco del que Roma recibía influencias políticas. La barbarización de las provincias occidentales trajo al Imperio un nuevo concepto de emperador, que debía ser, además de un elegido divino, un guerrero valiente e invencible que lo demostrase, para que así sus orgullosos vasallos pudieran reconfortarse al ser mandados por un jefe tan poderoso. Este carácter militar que se iba imponiendo en la cultura romana del siglo III lo poseía Diocleciano, que como guerrero de oficio, había vivido rodeado de jerarquías, órdenes y deudas de respeto, y era consciente de que en el mundo militar que era ahora el Imperio Romano imponer y ser respetado era lo que permitía a un emperador mantenerse en el trono. La duración de la que no habían gozado sus antecesores fue así, no sin esfuerzo, asegurada.

Esta división del poder soberano, mientras se reforzaba la autoridad imperial, supone un intento de Diocleciano por adecuarse a la nueva realidad política del Imperio. La crisis del siglo III supone la excusa perfecta para llevar a cabo una descentralización que se antojaba vital para la supervivencia del Estado. Pero dicha reforma debía llevarse a cabo consecuentemente, y Diocleciano contó con aquello que demandaban sus súbditos, sólo que las necesidades de estos ya no eran vistas en un gran conjunto, sino de forma independiente. De esta manera, la *diarquía* debía significar lo mismo para ambas partes del Imperio, pero con cada emperador sujeto a las particularidades del territorio que gobernaba: Diocleciano, en Oriente, adoptó las maneras de los reyes persas y helenísticos, mientras que Maximiano, en su calidad de Hércules y guerrero, pasó a representar el perfecto líder militar que tanto romanos como bárbaros admiraban. La cohesión de ambas partes de la *diarquía*, y más tarde de la tetrarquía, residía en la figura de Diocleciano como *Iovius*, esto es, un *primus inter pares* entre los emperadores y césares (Bravo Castañeda, 1980, p 48): tal era la jerarquización, el carácter militar del Estado, que ni imponiéndose un sistema aparentemente igualitario consiguieron los romanos apartar la idea de un soberano elevado del resto.

Las razones políticas acompañaron los actos de Diocleciano. En el año 286, el comandante Carausio, al mando de la flota del Canal de la Mancha, se rebela contra Diocleciano y se proclama emperador en la provincia de Britania. Ante la aparición de un nuevo rival, Diocleciano se apresura a nombrar a Maximiano como augusto aquel mismo año, reforzando su autoridad y elevándolo aún más en la jerarquía teóricamente igualitaria que ambos compartían. De esta manera, confería a Maximiano la potestad absoluta para enfrentar con garantías a su adversario en Occidente, mientras que a su vez alejaba una posible alianza entre ambos en su contra: la confianza de Diocleciano en Maximiano resultó clave durante los primeros años de la *diarquía*.

Carausio, en cambio, reforzado en su control de Britania y el norte de la Galia, contando con la armada y las tres legiones que se acantonaban en la provincia, se esforzó por presentarse a Diocleciano como un posible aliado dentro de una *triarquía* que comprendía un gobierno común formado por Maximiano, Diocleciano y el mismo Carausio. Sus intenciones le llevaron a acuñar monedas en 290 en las que, junto a la efigie de los tres emperadores, se lee: (*PAX AVGGG* “la paz de los tres augustos”, con el subtítulo *CARAVSIVS ET FRATRES SVI*, “Carausio y sus hermanos”)<sup>39</sup>.

---

<sup>39</sup> SOUTHERN, P., *The Roman Empire from Severus to Constantine*. Routledge. 2001, pp. 138 - 140.



Figura 2. Moneda con las efigies de Maximiano, Diocleciano y Carausio (año 290). Foto: Roman Imperial Coinage [<http://www.roman-imperial-coins.com>].

Aunque Diocleciano se negó a aceptar la candidatura de Carausio, sobre quien pesaban acusaciones de hurto de botines y enriquecimiento personal, su rebelión motivó quizás su decisión de multiplicar los poderes de los que ya disponían los diarcas. El Imperio que había heredado no era aún distinto del de sus predecesores, y seguía mostrándose como una nave demasiado compleja de liderar, incluso para dos emperadores.

Britania continuó gobernada por Carausio, pues el Imperio tenía otros problemas más inmediatos. Alamanes y sármatas ocuparon las fuerzas de los emperadores: una campaña conjunta de Diocleciano y Maximiano en la desembocadura del Rin y Germana pacificó la frontera occidental y allanó el camino a una posible invasión de Britania, dejando las espaldas cubiertas. Precisamente, y en vistas a este ataque, Maximiano recibió una gran flota imperial, que fue derrotada por Carausio en la primavera de 290 (Southern, 2001, p. 143). Tras el desastre, fue convocado por Diocleciano en Milán.

Allí, en medio de un gran ceremonial, ambos emperadores se mostraron unidos, en un intento de presentarse juntos tanto en la victoria como en la derrota, en un esfuerzo más por Diocleciano de no abrir más grietas en el frágil Estado que se esforzaba por reconstruir. Fue un acto lleno de pompa, en el que estaban presentes todas las *insignia* que acompañaban a los emperadores y les situaban al nivel de los dioses.

El Senado de Roma envió a Milán una embajada, en su tozudez por parecer aún un elemento más que decorativo en la política del Imperio, sólo para percatarse de que Diocleciano actuaba por su propia cuenta. Roma había pasado a ser la ciudad “ceremonial”, ya no más política ni administrativa, puesto que la nueva coyuntura propiciaba que la capital fuese “aquella ciudad donde se instalase el emperador”<sup>40</sup>. Pocos monarcas volvieron a elegir Roma como residencia.

Consciente de que necesitaría más manos para solucionar los problemas del Imperio, Diocleciano nombra a Flavio Constancio, un general experimentado veterano de las guerras contra Palmira e ilirio como él, como general para una campaña contra el usurpador Carausio (288). Constancio parte al norte a combatir a los francos, aliados de Carausio, y nombrado como prefecto del pretorio de Maximiano, quien en 293 le nombrará *cesar* en Milán, con toda la pompa imperial. (Southern, 2001).

Diocleciano, un mes después eligió como César a Galerio, su prefecto del pretorio, a quién además casa con su hija Valeria, formando una *tetrarquía* unida no sólo por lazos de fidelidad, sino también familiares, y asegurando así la conservación de su idea de poder. Constancio recibe Britania y

<sup>40</sup> ELSNER, J., *Imperial Rome and Christian Triumph*. Oxford University Press, Oxford & Nueva York. 1998. (Bibliografía online, p.59)

Galia, estableciendo la capital en Tréveris, con la misión de derrotar a Carausio, mientras que Galerio recibe Siria, Palestina y Egipto.

Esta división del Imperio no cumple con las características de las anteriores, experimentadas durante la independencia del Reino de Palmira y el Imperio Galo. Lejos de ser dividida en cuatro, la autoridad queda multiplicada; la distribución en cuatro zonas sólo posee objetivos fiscales y militares, ya que la unidad territorial del Estado no se rompe. El Imperio es un *patrimonium indivisum*, que augustos y césares deben proteger en común (Rémondon, 1973).

La jerarquía se encuentra claramente establecida. Maximiano y Diocleciano, como augustos, son los encargados de decidir y ordenar, mientras corresponde a los césares la tarea de ejecutar las misiones que se les encomiendan. Además, tanto Galerio como Constancio se emparentan con sus respectivos augustos.

De esta manera, en 293, el Imperio cuenta con cuatro cabezas que son los pilares del nuevo sistema surgido tras años de divisiones, guerras civiles e invasiones fronterizas. Con la intervención militar garantizada por la presencia continua de tanto augustos como Césares en las fronteras. Diocleciano puede así, por fin, embarcarse en las reformas que afectarán de lleno a una administración que deberá adaptarse a la nueva coyuntura.

En cuanto a la reforma política que culmina con la instauración de la Tetrarquía, se nos muestra que en esta el antiguo cargo de prefecto del Pretorio continúa vigente y solicitado por el mismo Diocleciano, que comprende que para garantizar la estabilidad del Imperio, cualquier brazo capaz es útil. Las razones para que el emperador hubiese desconfiado de dichos prefectos eran su oscuro pasado. El prefecto del pretorio era el segundo rango civil y militar tras el emperador, y su omnipresencia en las diversas facetas políticas lo convierte en una seria amenaza para la integridad y seguridad imperial<sup>41</sup>. La propia llegada al trono de Diocleciano, siendo jefe de la guardia pretoriana de Caro, era un ejemplo cercano para el emperador de cómo los prefectos eran, la mayoría de las veces, quienes acababan rebelándose contra sus propios césares, debido a la autonomía y poder del que gozaban. Él mismo había sido uno de aquellos rebeldes.

Diocleciano mantiene como jefes del pretorio a antiguos funcionarios de sus rivales en la carrera por el trono imperial: Aristóbulo, el antiguo prefecto de su rival Carino, fue mantenido en su puesto, y utilizado para pacificar las regiones recién adquiridas por la autoridad de Diocleciano. Esta demostración de pragmatismo y perdón hacia la figura de un funcionario reconocido por sus méritos y servicios a Roma, aunque fuese junto a un emperador muerto y derrotado, es una constante durante el gobierno de la Tetrarquía. Diocleciano no se planteó eliminar un puesto tan necesario como era el del prefecto del pretorio porque necesitaba generales competentes que volvieran a garantizar la paz, pero tuvo mucho cuidado de elegir a candidatos cuya lealtad y valía se hubiesen demostrado con creces.

Para guardarse las espaldas en caso de errar en su elección y encontrarse con un prefecto del pretorio demasiado ambicioso, Diocleciano les sometió al mando de los césares, por lo que levantaba una doble barrera jerárquica que, si bien no minimizaba la autoridad práctica del prefecto, era suficiente para disuadirlo de emprender conspiraciones. De esta manera, si los césares (Galieno y Constancio) eran el brazo armado de los augustos (Diocleciano y Maximiano), los prefectos del

---

<sup>41</sup> SANCHO GOMEZ, M.P., *El prefecto del pretorio: una figura dominante de la política romana en el siglo III (192-284)*. Universidad Católica de San Antonio, Murcia. PDF.

pretorio pasaron a ser un tercer escalón jerárquico al servicio de los propios césares, que les encomendaban misiones militares y civiles de responsabilidad.

Como ejemplos en la época de la Tetrarquía, disponemos de la campaña de Asclepiodoto en 296 contra la rebelde Britania, que desde tiempos de Carausio se mantenía ajena a la soberanía de Diocleciano, y que había resistido al ataque de 288 dirigido por Constancio contra su flota. El mismo Constancio mandó a Asclepiodoto al gobierno de una gran flota y ejército, que en épocas no lejanas podrían haber servido como armas para un potencial usurpador y rebelde, pero que la férrea jerarquía y mentalidad que Diocleciano propagaba a través de su Tetrarquía bloqueó. Asclepiodoto se mostró como un funcionario muy competente, devolviendo Britania a Roma al terminar la campaña.

Parece ser que, políticamente, lo que Diocleciano consiguió impregnando sus primeros años de mandato de pompa, solemnidad y elementos publicitarios a favor de su persona y figura como *Iovius* y restaurador del Imperio, fue una unidad de conciencia y fe entre los propios romanos. Tras años de anarquía, vieron cómo por fin un sistema fuerte, aparentemente igualitario y que se estaba demostrando eficaz, era sin duda mejor que el caos anterior. Y cómo Diocleciano era uno más de aquellos emperadores-soldados, la intervención divina a la hora de guiarle en este “buen gobierno” parecía el argumento más notable. Era un hombre hecho a sí mismo, que por mediación de los dioses, había cambiado las cabañas de madera de Dalmacia por el mármol del palacio imperial gracias a su personalidad.

Aunque el mando se encontraba dividido, el poder imperial era más fuerte que nunca en el siglo III, lo que permitió a Diocleciano, una vez pacificados los problemas internos, emprender las reformas que tanto ansiaba en dos de los pilares que sostenían el Imperio y que necesitaban de una atención más urgente. En primer lugar, la defensa de las fronteras, que una vez pacificadas e insertas en la nueva organización militar, asegurarían las bases para una reforma de la administración del Estado imposible de realizar sin que la paz se instalase, al menos por unos años, de vuelta en el Imperio.

### III. EL PROBLEMA DE LOS EXTERNI

#### LA REFORMA DEL APARATO MILITAR

Diocleciano, como veterano y exitoso militar que era, conocía de primera mano las carencias del sistema defensivo que imperaba en el *limes* romano, heredado del siglo II. Este consistía en una defensa basada en la existencia de un *vallum* longitudinal, una larga cerca de piedra o de empalizadas unida por medio de fuertes, torres defensivas y calzadas.

Años de guerras en las fronteras acabaron por convencer a Diocleciano de que dicho sistema estaba obsoleto. El *vallum* era un sistema claramente defensivo, que una vez traspasado en algún punto débil, permitía a los bárbaros internarse en territorio romano rápidamente, haciendo más difícil la intervención de tropas de refuerzo. Por lo común, y para evitar dichos refuerzos, los atacantes dividían sus ejércitos, haciendo costosa su localización una vez dentro de las provincias. A lo largo del siglo III, la organización que los bárbaros demostraron en sus ataques al *limes* se demostró como cada vez más organizada y eficaz, y ya en tiempos de Diocleciano era habitual que dicho *vallum* estático fuese traspasado.

La reacción de Diocleciano fue pasar de una “defensa inmóvil” a una “defensa en profundidad”, que confería a la estrategia romana un carácter de ataque que ninguno de los anteriores emperadores se había arriesgado a emprender; tal era la creencia en la permanencia de las fronteras tradicionales que marcaban los ríos Rin y Danubio.

La “defensa en profundidad” de Diocleciano consistió en levantar fortificaciones más allá del *limes*, en la tierra de nadie que dividía los territorios bárbaros de los romanos, unidas a su vez por calzadas y separadas por poca distancia entre ellas para garantizar el control efectivo del territorio y la ayuda en caso de ataque.

Este sistema defensivo establecía una defensa avanzada contra los bárbaros, que estos deberían superar antes de llegar al tradicional *vallum* del *limes*, dando tiempo así a los romanos a organizar la defensa del mismo que como sucedía anteriormente, cuando los bárbaros se presentaban, de improviso, frente a la frontera romana (Bravo Castañeda, 1980). El mismo Diocleciano supervisó la construcción de la cinta de fortificaciones, cuyo mejor ejemplo son los *Strata Diocletiana* erigidos por el emperador en Siria, y el llamado “Foso del Diablo” en la frontera danubiana en Panonia.

El interés político del emperador en cambiar el sentido del *limes*, que hasta ahora había sido de exclusivo uso defensivo, para denominarlo “defensa ofensiva”, consistía también en un plan para elevar la moral de unos ejércitos fronterizos que llevaban muchos años sufriendo la incesante presión bárbara sin avanzar ni un paso.

Pero mientras el Imperio avanzaba con la construcción del nuevo *limes* de Diocleciano, las tierras fronterizas debieron asumir un nuevo papel: el de tener que soportar las batallas en aquella “tierra de nadie” que iba a intentar dividir de nuevo el Imperio con la barbarie, con la consecuente militarización y ruina económica de las mismas. Fueron tierras en donde la vida del campesino peligraba continuamente, y donde muchos bárbaros, protegidos por el Imperio, serían asentados durante siglos como medida de contención.

Con la Tetrarquía, el *limes* romano dejó de ser un elemento meramente militar y defensivo para adquirir un lugar histórico completo, pues Diocleciano, con sus reformas, le otorgó mayor

pluralidad de funciones y un peso específico en el sistema político-administrativo que imperaba sobre las provincias periféricas de Roma, que a su vez se mantuvo por la organización de las mismas (Bravo Castañeda, 1980). Diocleciano fue, por tanto, el emperador que dotó al *limes* de personalidad propia, llevándolo al primer plano por su importancia y los acontecimientos que allí se producían, sacándolo de su papel de “frontera de Roma” y llevarlo más allá, al de “protector de la romanidad”.

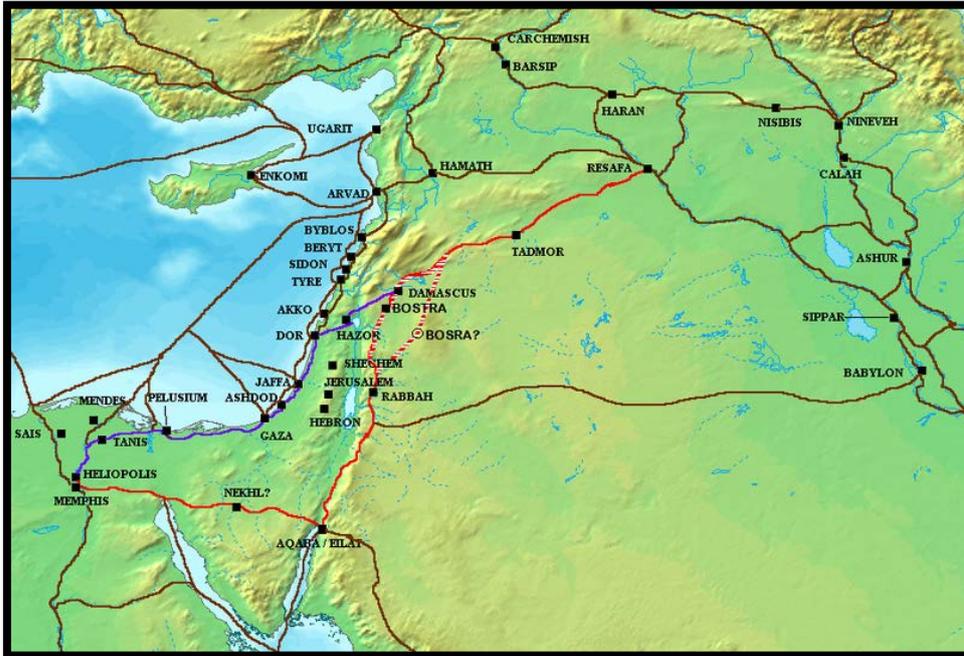


Figura 2. *Strata Diocletiana* (GraphicLab)

El mapa de la figura 2 muestra la situación de la *Strata Diocletiana* en el *limes* oriental. Diocleciano tuvo que adaptar su modelo de defensa a las particularidades territoriales de cada provincia, y en el caso de Oriente, la posibilidad de levantar empalizadas y terraplenes defensivos se antojaba costosa por la carencia de materiales y la aridez del terreno. La solución encontrada por el emperador fue establecer una línea de fuertes muy bien fortificados, a distancia de veinte millas romanas a través de una nueva red de calzadas, y que en caso de ataque persa sirviesen tanto como puestos de defensa adelantados como de vigilancia.

El paisaje de la frontera siria era similar al desierto del Sáhara que limitaba con la provincia de África, muy romanizada, y donde Diocleciano también impuso su sistema de fortificaciones.

Pero el mejor ejemplo de cómo la reforma que Diocleciano afectó al *limes* se encuentra en la frontera del Rin y el Danubio. Y es, a la vez, el emplazamiento que mayor debate historiográfico ha provocado, ya que no todas las voces sostienen la aplicación en esta frontera de la “defensa en profundidad” que teoriza Edward Luttwak<sup>42</sup>, defendida también por Bravo Castañeda.

La idea de que con Diocleciano hubiese surgido una nueva estrategia no se apoyaba en suficientes fuentes literarias o epigráficas, y sólo con el nuevo milenio y los hallazgos

<sup>42</sup> LUTTWAK, E., *La grande stratégie de l'Empire romain*. Editorial Económica, Paris. 1987.

arqueológicos en la frontera occidental, que han sacado a la luz restos de fuertes y terraplenes del periodo de la Tetrarquía, han llegado pruebas firmes para sostener la teoría de Luttwak. Este afirma que, efectivamente, el Imperio se movía en una dirección coordinada que tenía por objetivos:

- Pacificar la parte occidental del Imperio asegurando una paz relativa y cierta seguridad económica, lo que motivó a antiguos grupos bárbaros a instalarse como *laeti*, vasallos con un estatus superior a los colonos, al permitirles llevar armas.
- Controlar la zona que se extiende desde el Danubio a los Alpes, a fin de repeler las incursiones dirigidas al centro del Imperio, Italia.
- Poner a prueba el pulso de un ejército renovado, con mandos de orden ecuestre, y su adaptación a la coyuntura que Diocleciano había distinguido, y por tanto al sistema tetrárquico.

La idea de la Tetrarquía al instaurar la mencionada “defensa en profundidad” del *limes*, que conllevaba convertirlo en un nuevo actor socio-político dentro del Imperio Romano, no podía llevarse a cabo sin una administración que gobernase dichos territorios y provincias, tanto civil como militarmente, y que pudiese garantizar a Roma una fiabilidad absoluta. Conscientes de la dificultad de lo segundo, la Tetrarquía fue un sistema basado en el control directo de césares y augustos sobre sus subordinados, lo que reducía las posibilidades de rebelión por parte de oficiales díscolos, que rápidamente eran reconocidos y denunciados.

Los encargados del funcionamiento correcto del nuevo sistema defensivo eran aquellos pertenecientes al orden ecuestre. Al Senado, tras el edicto de Galieno en 261 (Bravo Castañeda, 1980), se le retiró cualquier potestad militar, y en tiempos de Diocleciano la mutación se encontraba prácticamente concluida: los *equites*, la clase militar, se habían alzado como los ciudadanos más necesarios del imperio, debido a constante guerra en las fronteras que alcanzó su cenit durante el siglo III.

Estas invasiones dejaron a la vista las debilidades militares del Imperio, entre ellas una que preocupó especialmente a Diocleciano; la escasez de caballería entre las tropas romanas. La fama y éxito tradicional del ejército se basaban en la legión y la efectividad del legionario en el cuerpo a cuerpo. La carencia de una caballería eficaz había provocado derrotas aplastantes en Persia, así como evitado acudir veloz en auxilio de las ciudades durante las invasiones del *limes* occidental durante las invasiones bárbaras del siglo III. (Rémondon, 1973).

Diocleciano promovió la creación de un ejército de caballería ligero y móvil, independiente de los cuerpos legionarios, y que pudiese actuar a la vez como ejército de reserva, dependiendo del volumen de la invasión. Los caballeros que el Imperio necesitaba eran los que antaño habían servido como *auxiliares* en el ejército romano, separados en estatus de las *legiones*, y que habían servido a los pragmáticos generales romanos para paliar la falta de tradición ecuestre que cargaba Roma. En el siglo III, estos *auxiliares* eran ahora *equites*, ciudadanos provinciales a los que la milicia permitía ascender socialmente, como ocurrió con el propio Diocleciano.

Los antiguos cuerpos del ejército también fueron reformados por Diocleciano, realizando esfuerzos por mejorar las tradicionales *legiones*, pieza fundamental del aparato militar romano.

Precisamente, fue el papel de las *legiones* el primero que el emperador reorganizó. La subdivisión de las provincias, ahora prefecturas del pretorio, en diócesis, llevó a una fragmentación mayor, por

lo que fue necesario un aumento de los efectivos militares para conseguir una defensa efectiva. La Tetrarquía decidió entonces armar dos legiones de infantería y caballería por provincia, lo cual requirió de un aumento considerable de soldados: las legiones pasaron de 39 a 68, las *alae* de caballería (más tarde llamadas *vexillationes*) de 4 a 9, y las cohortes de infantería de 28 a 37 (Bravo Castañeda, 1980).

Esta reestructuración de la distribución del ejército trajo consigo un aumento de las legiones en la mayoría de las provincias, pero no su proporción por unidad administrativa. Por ejemplo, el Ilírico, que contaba con 10 legiones antes de Diocleciano, vio aumentado su número a 16, debido a la creación de tres nuevas diócesis. (Bravo Castañeda, 1980)

Una vez logrado el número de soldados necesario para afrontar la defensa en profundidad que se proponía a instaurar Diocleciano, era necesaria una distribución correcta de los efectivos. Los encargados de la defensa de los fuertes de primera línea, situados *en barbaricum*, más allá del *limes*, fueron los llamados *limitanei*, que heredaban a su vez dicho título de sus antepasados soldados-campesinos estacionados en las fronteras desde los años de Gordiano III (238-244). La defensa de los *castra* defensivos y el mando de estas tropas le correspondían a un *dux*, o *praepositus limitis*, que a su vez tenía autoridad sobre los soldados de una o varias provincias, y siempre a disposición de los tetrarcas. Su tarea consistía en avisar de invasiones, y en el caso de no poder frenarlas, defender los *castra* y constituir una molestia para el enemigo, que no se atrevería a avanzar dejando descubiertas sus espaldas, dando tiempo al ejército de reserva a llegar al campo de batalla antes de que los bárbaros se adentrasen más en territorio romano.

Estas tropas de reserva recibían el nombre de *comitatenses*, y su formación y función ya existía antes de Diocleciano, encargándose de la defensa de Italia del Norte. Los tetrarcas amplían sus cometidos instalando *legiones* (infantería pesada) y *vexillationes* (caballería) *comitatenses* en cada una de las provincias bajo las órdenes directas de césares y augustos. Este nuevo cuerpo de soldados poco tiene que ver con las antiguas legiones: se pierde la uniformidad en la vestimenta, cambiando la tradicional *lorica segmentata* por cotas de malla (*lorica hamata*) y de escamas, mucho más flexibles y duraderas. El *pilum*, la lanza legionaria que tantas batallas había ganado para Roma por su efectividad al romper escudos enemigos, se hizo innecesaria por la falta de armaduras que predominaba en los soldados bárbaros; las nuevas lanzas de punta de plomo, más ligeras y efectivas en el cuerpo a cuerpo acabaron por imponerse.

La llegada de la nueva organización militar obligó a Diocleciano a separar claramente los poderes civiles y militares que regían las provincias. Así, junto con los *dux* encargados de las labores militares, se encontraban los *praesides*, funcionarios encargados de la administración civil, y ajenos a cualquier potestad militar. Sin embargo, la importancia que el ejército había adquirido con su nueva omnipresencia en las fronteras se tradujo en que los *dux* muchas veces traspasaban el límite de su autoridad territorial-administrativa, al estar encargados del mando de tropas que comprendían varias provincias, algo que no sucedía con los *praeses*, cuyas funciones y legislación aparecen bien detalladas en las constituciones emitidas por Diocleciano (Bravo Castañeda, 1980). Esta ambigüedad ante las funciones del *dux* se traduce en la importancia cada vez mayor que poseían los mandos militares, mientras que los poderes civiles (*praeses*) estaban claramente limitados y fijados.

La última cuestión sobre la reforma militar de Diocleciano se plantea en el *status* que otorga a los nuevos habitantes de las fronteras, los *limitanei*. Asumida la defensa en profundidad, son conscientes de vivir en un territorio sujeto a incursiones, batallas y servicios militares a Roma.

Hasta la reforma de Diocleciano, el ejército había consistido en un gran gasto, al ser una fuerza no productiva; el aumento del número de tropas debía producirse, en tiempos de crisis económica, sin aumentar el gasto militar para un Estado que tenía que soportar una continua inflación. La solución de Diocleciano fue instaurar al mismo tiempo a los *limitanei* como *coloni*, trabajando las tierras del Imperio y pasando a formar parte de la masa tributaria del Estado bajo la forma de campesinos-soldado.

Diocleciano se aseguró dicha retribución mediante el *aurum tyronicum*. Este impuesto era pagado por los grandes propietarios de las tierras que cultivaban los colonos y constaba de dos partes. El *tyronicum* era el impuesto en hombres, para servir en el ejército, que dichos propietarios debían seleccionar entre sus colonos y proporcional a la extensión de sus propiedades, entregándolos al emperador. El poder creciente que dichos grandes propietarios habían adquirido durante la anarquía militar permitió que pudiesen librarse de esta imposición mediante el pago de un *aureum*, consistente en sólidos de oro, lo que supuso una nueva fuente de ingresos para las arcas imperiales (Aparicio Pérez, 2006).

Como apéndice, se debe también aclarar el estatus de los *foederati*, bárbaros aliados, en el nuevo esquema imperial. Diocleciano normalizó su situación integrándoles en las tropas de *vexillationes*, actuando como fuerza de choque y en defensa de sus propias tierras. Cumplían la doble función de, como soldados, sumarse a las filas de legionarios establecidas en el *limes*, y como colonos, de pagar el *caput* y contribuir a las necesidades de la *annona* (*annonae foederaticiae*). Serían estos *foederati* (sarracenos, godos...), inmersos cada vez más en el sistema romano a pesar de residir fuera del *limes*, quienes medio siglo más tarde protagonizarían los ataques que harían temblar de nuevo a Roma.

## **IV. REFORMA ADMINISTRATIVA**

Como hemos mencionado en el anterior capítulo, la idea reformista de Diocleciano de conceder al *limes* un papel protagonista y concorde con la actualidad del Imperio, que conllevaba una reestructuración del aparato militar en las fronteras, viene acompañada de una consecuente reforma administrativa que permita al ahora más numeroso ejército ejercer sus funciones con precisión, abandonando las prácticas anteriores, que se habían demostrado obsoletas.

Una de las primeras consecuencias de dicho renovamiento fue la separación de poderes civiles y militares en la organización, que Diocleciano culmina al afectar también a los gobernadores de orden *ecuestre*, que ven como sus funciones aumentan, traspasando sus tradicionales empleos militares y encargándose ahora de la gestión administrativa. Así, los límites que imponía el *status* de cada persona también se ve sobrepasados, pues en el caso de los *praesides*, el cargo es ocupado tanto por *equites* como senadores.

Este cambio es consecuencia de la gran necesidad de funcionarios que debe asumir el Imperio tras el aumento de los efectivos militares, su dispersión, y la creación de las diócesis: ante el desplazamiento y regresión de los *clarissimi* senatoriales, los miembros ecuestres (*virii egregii, perfectissimi, eminentissimi*) copan los puestos estatales, tanto militares como administrativos.

Dichos nuevos funcionarios están destinados a mantener la formación de la nueva división provincial: las provincias son divididas en 12 diócesis, repartidas entre los tetrarcas:

### **Diócesis gobernadas por Diocleciano**

- I. *Orientis* (16 provincias)
- II. *Pontica* (7 provincias)
- III. *Asiana* (9 provincias)

### **Diócesis gobernadas por el César Galerio**

- IV. *Tracia* (6 provincias)
- V. *Mesia* (10 provincias)
- VI. *Pannonia* (7 provincias)

### **Diócesis gobernadas por el César Constancio**

- VII. *Britannia* (4 provincias)
- VIII. *Gallia* (8 provincias)
- IX. *Viennensis* (7 provincias)

### **Diócesis gobernadas por Maximiano**

- X. *Italia* (9 provincias)
- XI. *Hispania* (6 provincias)
- XII. *Africa* (6 provincias)

El reparto de las provincias entre los tetrarcas respondió a un orden jerárquico. Diocleciano y Maximiano, en calidad de augustos, mandaban sobre las provincias de antiguo rango consular de África y Asia, manteniendo sus procónsules senatoriales, pero reduciendo considerablemente su poder administrativo (Bravo Castañeda, 1980). Por debajo de estos cesáres estaban situados los prefectos del pretorio, que acumulaban funciones tanto civiles como militares y están situados al

mando de las nuevas prefecturas dioclecianas: la Prefectura de la Galia (Hispania, Britania, Galia), la Prefectura de Oriente (Asia Menor, Egipto, Palestina y Siria), la Prefectura de Italia (Italia, África y el Alto Danubio) y la Prefectura del Ilírico (Los Balcanes y Grecia).

Indirectamente por debajo del prefecto del pretorio se encuentra la figura del vicario, quien se encarga de la administración de la diócesis y a los que la Tetrarquía dotó de atribuciones jurídicas y de derecho de apelación al propio cesar, lo que provocaba que muchas veces ambas autoridades se solaparan en el ejercicio de sus funciones al coincidir en territorio diócesis y prefecturas del pretorio.

Los vicarios pertenecían en su totalidad a la clase ecuestre (Bravo Castañeda, 1980), lo que producía contradicciones sociales al estar muchas veces sujetos los gobernadores provinciales de orden senatorial a la autoridad de un vicario ecuestre, teóricamente de status social más bajo. En la práctica, en cambio, esto no pareció afectar al funcionamiento de las provincias debido a la férrea jerarquización y el control directo impuesto por Diocleciano. Ambos cargos, senadores o ecuestres, dependían directamente del emperador, César o Augusto, que ahora, tras la subdivisión provincial, se encontraba siempre lo suficientemente cerca, o accesible, como para solventar los problemas planteados. Esta superación del orden social supone una parte trascendental para comprender el periodo de cambios en los que se veía sumido el Imperio y que se gestaron durante la crisis del siglo III, mencionados durante la primera parte del trabajo.

En los escalones menores de la jerarquía administrativa, nos encontramos con el esfuerzo que Diocleciano realiza por separar claramente los poderes civiles y militares en sus magistrados, medida provocada por la descentralización administrativa que experimentaba el Imperio. De esta manera, un oficial de rango ecuestre con cargo de gobernador provincial tenía a su lado un igual encargado del aparato militar, el *dux*, separando así claramente las funciones de ambos.

Mientras que en muchas provincias, durante los años anteriores a Diocleciano, la poca diferenciación que existía entre las autoridades civiles y militares había traído problemas, existían excepciones como Mauritania e Isauria donde el sistema había resultado efectivo, y que por tanto mantuvieron sus funcionarios. Esto nos recuerda la atención que Diocleciano proporcionó a las particularidades de cada provincia, buscando antes que una reforma absoluta, una reorganización pragmática.

Sin embargo, en la práctica, la descentralización administrativa-provincial no aportó al Imperio el papel que buscaba asignar a sus territorios. Mientras que, en teoría, se volvía a la estabilidad política y se mantenía la unidad imperial, la realidad era que, tras las reformas económicas y fiscales de tono centralista promovidas por Diocleciano, las nuevas provincias se habían vuelto aún más dependientes del Estado. Era un Imperio en el que se reconocían, y el cual querían defender, pero al que acudían sin cesar para resolver sus intereses y disputas, aumentando en gran medida la carga burocrática que tanto había sorprendido y disgustado a Diocleciano a comienzos de su mandato.

## V. REFORMA ECONÓMICA

El siglo III se había saldado para el Imperio en unos gastos que excedían las capacidades del propio Estado. Las invasiones y la defensa de las fronteras, unido a la reconstrucción y restauración de los territorios devastados por la guerra, mostraron la necesidad de duplicar los efectivos militares, además de la consecuente multiplicación de la burocracia que había traído consigo la reestructuración provincial. Todo eran gastos para las maltrechas arcas imperiales. Y no ayudaba que, en el lado de los ingresos, nos encontremos con que el Imperio sobrevive a base de las recaudaciones ordinarias fiscales y el impuesto irregular de la *annona*. (Perez Aparicio, 2006). Los primeros constan de impuestos directos diferentes según las provincias (en Roma e Italia, *tributum ex censu*; en las provincias, *stipendium*), mientras que la *annona* grava los productos de la tierra, cobrándose en especie, y que además presentaba una actividad irregular.

Decidido a aprovechar la nueva coyuntura, consecuencia de la crisis del siglo III, que había llevado el peso de la riqueza de las *civitates* al campo, Diocleciano propone una sistematización y unificación de la fiscalidad orientada a mejorar la recaudación de impuestos “rurales” mediante la implantación de nuevos impuestos indirectos. Para ello, necesitó conocer de primera mano el volumen de personas y propiedades fiscalmente activas que podría gravarse. Se realizaron censos y registros por todo el imperio, centrados especialmente en la tierra, el ganado y la población.

El nuevo impuesto, uniforme para todo el Imperio, se llamó *capitatio-iugatio*, cuya base suponía la imposición fija por unidad fiscal, entrando en funcionamiento en 297 en Egipto, provincia agrícola por antonomasia y tradicional granero de Roma. Los nuevos impuestos se pagan por “aruras”, según la calidad de la tierra, y por cada campesino en edad activa. La base de este impuesto se basaba en la relación inversa entre el número de trabajadores y la extensión de tierra cultivada, o lo que era lo mismo, una relación entre el número de *capita* (población campesina activa) y *iugum* (terreno productivo); además, la unidad impositiva varió según el tipo de producción de la tierra, por lo que una *capita* equivalía a únicamente 5 *iugera* en un viñedo, que necesitaba de más manos y poco terreno, mientras que en tierras de bosque o montaña dedicadas al pastoreo, la *iugera* asciende a 60 *per capita*. Esto diferencia los impuestos entre aquellos derivados de la forma de explotación (*modus agrorum*) o bien por el número de sus trabajadores (*numerus hominum*). Como consecuencia, en provincias escasamente pobladas los campesinos se encontraron con grandes sumas de *iugum* a las que no podían hacer frente, y tras los censos y la confirmación del gravoso impuesto, abandonaban sus propiedades con tal de evitar la ruina. La generalización de esta “huida de campesinos” en algunas provincias imperiales como Siria llevó en el 290 a que los diarcas prohibiesen los tributos indirectos a aquellos campesinos que ya pagaban su *caput* y la *annona* (Bravo Castañeda, 1980).

El *capitatio-iugatio*, aunque era en sí un impuesto único, consistía de dos gravámenes diferenciados: uno sobre las personas (*capitatio humana*) y otra sobre la tierra (*capitatio terrena*).

La *capitatio humana* consistía en dividir las tierras del propietario, y cada una de las partes se asignaba a un *caput* (grupo de tres hombres, o cuatro mujeres) que pagaban la *capitatio* como gravamen por su trabajo rural.

El *capitatio terrena* que gravaba las tierras se determinaba a partir del mencionado *iugum*, que consistía en 10 hectáreas por unidad (Pérez Aparicio, 2006), y cuya carga se cobraba en especie.

El interés que Diocleciano muestra por controlar la fiscalidad de la tierra se debe a que la producción agrícola suponía un 90% de los ingresos y rentas del Estado romano (Bravo Castañeda, 1980). Sin embargo, una vez efectuados los censos y los registros, y aprobado el impuesto, era necesaria una maquinaria recaudadora a la altura de la difícil empresa que suponía gravar a tan amplio número de tierras y personas.

Diocleciano nombró responsables de la recaudación y la entrega de los impuestos a los ciudadanos *curiales*. Estos estaban exentos de los impuestos directos, lo que llevó a muchos de ellos a la ruina al tener que afrontar una fiscalidad que se aglutinaba en su persona, pero beneficiando a muchos grandes propietarios que ahora se verían conferidos de una nueva autoridad, además de la creación de vínculos de dependencia cada vez más cerrados entre el *curial* recaudador y el vasallo obligado a pagar su *capita* y *iugum*.

A este nuevo sistema, el historiador italiano Mazzarino (1984), lo llamó “razionalitá”, defendiendo que se pasó a un modelo en el que el ente colectivo estuvo por encima de los intereses individuales o de grupo, y haciendo coincidir los beneficios de la sociedad con los del Estado<sup>43</sup>, tal y como señala el Preámbulo del Edicto de precios al que me referiré más adelante. Ya he defendido en páginas anteriores la “proto-feudalización” que inicia el Imperio con Diocleciano, con un fuerte refuerzo de las relaciones personales propietario-campesino motivado por la coyuntura de la crisis del siglo III, pero tampoco debe verse como un ataque a las libertades individuales. Diocleciano intentó adaptarse a una situación socioeconómica que presentaba otros principios base (menor número de esclavos por las liberaciones y falta de guerras de conquista, movilidad social, decadencia de las ciudades...), y que debía ir acompañada de relaciones de producción adecuadas a las nuevas estructuras productivas del Imperio, esto es, las fronteras y el campo en particular.

El segundo paso que debió afrontar Diocleciano, una vez asegurada la recaudación fiscal y el pulso del Estado, fue la de asegurar la supervivencia de sus propios súbditos y su riqueza. La inflación provocada por la devaluación monetaria y la caída del comercio, que había elevado los precios sin pausa durante todo el siglo III, se intentó frenar tras la emisión del *Edictum de pretiis rerum venalium* que estableció sistemáticamente los precios máximos de los principales productos del mercado y los salarios de diversas categorías sociales, así como el valor de ciertos bienes y las tarifas máximas de transporte marítimo.

La base del Edicto consistía en relacionar el valor nominal de la moneda con el valor real de los productos en el mercado libre, pero fracasó en el intento. La devaluación monetaria en época de Diocleciano era ya una enfermedad crónica del Imperio, y los nuevos denarios acuñados por Diocleciano (3,8g de cobre plateado) tenían un valor 20 veces menor que los antiguos denarios neronianos de los que tomaba el nombre (3,4 gramos de plata). Esto se tradujo en que la moneda divisional no poseía el valor que el Estado le atribuía en el *Edicto* y que Diocleciano tanto defendió, sino que estaba sujeta al valor real del cobre en el mercado en relación al oro. Teniendo en cuenta que la relación plata-cobre durante el reinado de Diocleciano era de 1:100, podemos imaginar la descompensación entre el verdadero valor de las monedas y el precio real de los productos que el emperador pretendió fijar equilibradamente.

Los precios, por tanto, tendieron a alzarse, cuadruplicándose en algunos casos el valor de los productos, lo que dio paso a la especulación comercial, mientras que los salarios se mantenían bajos.

---

<sup>43</sup> MAZZARINO, S., *L'imperio romano*. Laterza, 1984.

La clave para comprender las intenciones de Diocleciano al emitir del *Edicto* se encuentra en el “Preámbulo” precedente, que trata de explicar a los súbditos del Imperio las razones de los emperadores para inaugurar la nueva fiscalidad.

El documento que precede al *Edicto* fue traducido por Mommsen-Blümer en 1893 a partir de un fragmento del *Edicto* encontrado en Oetylus, después reestructurado por Graser (1940) y Lauffer (1971), que aportaron la versión definitiva que Bravo Castañeda analizó en su *Coyuntura Sociopolítica y Estructura Social de la producción en la época de Diocleciano* (1980), y de la cual he recogido la traducción para este trabajo.

En su primera parte, el Preámbulo se dirige a los ciudadanos hablando sobre la situación general que afronta el Imperio. Para empezar, defiende que la medida responde a unas necesidades largo tiempo demandadas por los ciudadanos del imperio: seguridad, orden social, paz... Ahora, el Estado se revela como “juez” fuerte, que dirimirá las disputas con justicia (*dum... consilia molimur aut remedia inventa cohibemus/ viam diu rerum necessitate desiderata*). También trata la parte económica, acusando a los súbditos imperiales de avariciosos, que sólo pensaban en la ganancia personal, lo que había llevado al alza de precios en las ciudades (*...pretia venialium rerum non quadruplo aut óctuplo sed ita extorquere, ut nomina aestimationis et facti explicare humanae linguae ratio non possiti*); y ataca a los comerciantes, acusándoles de rezar para que se produjesen malas cosechas, y así poder especular, causa de la ruina de gran parte del pueblo.

Una vez explicadas las causas que mueven sus decisiones, el Imperio muestra sus motivaciones, que no son otras que las ideas que Diocleciano reunió para crear la *Tetrarquía*. El deseo de “bienestar público”, acabando con las ofensas, maldad, crímenes, iniquidad e inhumanidad que había traído la anarquía imperante durante el siglo III (*... adque arbitrio submoveri, quos cottidie in peiora praecipites et in public nefas quadam animorum caecitate vergentes*) y que había generalizado la *avaricia* que Roma intentaba remediar: si cada uno guardaba su esfuerzo y riqueza para sí mismo, el Estado caería.

Este “bienestar público” no podía alcanzarse con las actuales alturas de los precios, que llevaba a situaciones sociales límite. Por ejemplo, un soldado gastaba la totalidad de su salario y *donativo* en un solo día, si quería comer y dormir. Y a nivel grupal, el asunto no mejoraba: la *annona*, el impuesto en especie que solía servir para mantener al ejército, “caía en manos de las abominables ganancias de ladrones”, esto es, los propietarios adinerados o mercaderes que especulaban con los precios, así como los propios militares, que utilizaban su privilegiado acceso a la *annona* para lucrarse.

La Tetrarquía presenta ahora sus soluciones, que asegurarán el “bien público general”, la paz tan largamente buscada, y la justicia por fin restituida: la moderación, y no la avaricia, será la nueva máxima económica.

Por ello, los Tetrarcas presentan un precio máximo de los productos, no uno fijo (*non praetia venalium rerum-neque enim fieri id iustum putatur, cum plurimae interdium provinciae felicitate optate visilatis et velut quodam affluentiae privilegio gloriantur*), ya que esto pondría a las provincias con precios más bajos en una mala situación, además de que serviría al Imperio como señal de emergencia económica, si el *maximun* se generalizaba en el mercado.

Si la medida no es cumplida por los comerciantes, la pena debía ser capital, así como para los vendedores cómplices. También se advierte a aquellos que decidan guardar sus mercancías, esperando emperadores menos exigentes. Esto es aplicable a todo el Imperio, en cada provincia, donde los precios serán fijados para garantizar la seguridad del comercio y de las transacciones

beneficiosas, tanto en puertos marítimos como en mercado; el *maximun* comprendía también las tasas de transporte, por lo que Diocleciano, siguiendo su política, permitió adaptarlo a cada provincia y a su configuración productiva y de consumo, con tal de alcanzar la igualdad.

Las reformas de Diocleciano quedan así expuestas, y en ellas existe un denominador común que llama la atención en la permanente búsqueda de *igualdad*. Existe en el ámbito político, con la división del imperio en cuatro partes, cada una perteneciente a una gran autoridad con atribuciones divinas, que siempre poseían las mismas tropas y número de provincias. En la administración, con la desaparición del *status* como barrera social para ejercer funciones para el Estado, igualando tanto a *senadores* como *equites*, romanos y provinciales. Y en la economía, la igualdad debía alcanzarse mediante el respeto a unos precios máximos configurados con la intención de ser justos e igualitarios, y garantizar el bien común de los ciudadanos del Imperio. Pero estos ciudadanos, ahora protegidos por el Estado, deberían sufrir las nuevas cargas fiscales que, buscando la “fiscalización total”, elevan la igualdad al rango de que, como decía Lactancio “*todo fue objeto de tasación: campos, árboles, animales, personas, niños, esclavos, incapacitados, e incluso muertos*”. Esto, a la larga, supondría un efecto inverso para un Estado romano que buscaba, además de reforzar una recién estrenada “omnipresencia” en todos los ámbitos, así como su eficacia fiscal, la creación de una nueva mentalidad en la que todo era “tasable”, lo que llevó, en tiempos en los que el Estado fue débil, a aumentar la riqueza y el poder de aquellos propietarios que acumulasen más relaciones de dependencia, pues sus vasallos se encontrarían permanentemente en deuda no con Roma, sino con personas particulares.

Quizás por esta ambiciosa intención centralista e igualitaria, que aporta Diocleciano a sus reformas, se habla de ellas como un éxito parcial. Era una empresa muy difícil aunar las particularidades de cada ciudadano y su provincia con las del resto del Imperio, por muy equitativo que fuese el sistema.

Fue esto lo que provocó el fracaso del *Edicto* tras su imposición. La orden imperial no comprendía las variaciones de la oferta y la demanda que afectan a diferentes regiones, donde unos productos escasean más que otros, así como tampoco detallaba los costos de transporte, incluidos en el precio *maximun* estipulado, y que variaban mucho del modo utilizado para su comercialización: barco, carretas, mulas... (Potter, 2005). Los precios no dejaron de subir, porque la nueva moneda emitida por Diocleciano se utilizó para especular, guardada por los propietarios, que preferían utilizar el mercado negro para así establecer los precios a su voluntad. La población, en cambio, se ve asfixiada por la fiscalidad, que ha evolucionado ciega a la situación de los precios, lo que fuerza a muchos a abandonar propiedades y posesiones: el mismo Diocleciano lo prohíbe, ordenando a cada hombre trabajar en el empleo de su padre, tratando de evitar así la mendicidad, que se volvía una práctica demasiado usual.

Las reformas políticas emprendidas por Diocleciano marcaron el camino para los venideros emperadores, que aunque no respetaron el sistema tetrárquico, dieron por sentado que el Imperio debía gobernarse en dos partes diferenciadas, Oriente y Occidente, así como heredaron e incluso mejoraron la descentralización administrativa impuesta por Diocleciano. Constantino, que acabó con el sistema tetrárquico y volvió al tradicional, con un único augusto, solventó la carencia de césares y augusto paralelo elevando a los prefectos del pretorio al máximo escalón de autoridad en sus determinadas prefecturas, pero privándoles del mando militar, con tal de evitar el contacto de tan poderosos mandos con legiones potencialmente subversivas. La Tetrarquía no sobrevivió a Diocleciano, pero como los siglos posteriores demostrarían, era un sistema que encajaba y

respondía con las necesidades del Imperio. Su mayor defecto era que dependía demasiado de la autoridad que emanaba Diocleciano como *Iovius* y principal filósofo del sistema, y era muy voluble a los enfrentamientos entre césares y *augustos* demasiado ambiciosos, que no tardaron en enfrentarse tras la abdicación del gran árbitro, Diocleciano.

## VI. DIOCLECIANO FRENTE A LA CUESTIÓN CRISTIANA

“Has venerado a los dioses con altares y estatuas, templos y ofrendas, que has dedicado en tu nombre e imagen, cuya santidad ha aumentado por el ejemplo de veneración que das por ellos. Seguramente, los hombres ahora deberán entender cuál es el poder que reside en los dioses, si tú los adoras con tanto fervor.”

Diocleciano, panegírico dirigido a Maximiano.

Panegíricos Latinos<sup>44</sup>

La política religiosa llevada a cabo por Diocleciano durante su reinado reúne las características necesarias para ser considerada también parte de aquellas reformas mencionadas, destinadas a asegurar el bien público, el orden y la vuelta a los gloriosos años de Roma.

La religión era para los romanos un elemento intrínseco de su filosofía y modo de vida. Augures, oráculos y sacerdotes olímpicos eran aún todavía predominantes a finales del siglo III, si bien la comunidad cristiana se encontraba en patente expansión; en el 300, el 10% de la población del Imperio era seguidora de Cristo.

Este porcentaje, que se concentraba sobre todo en las provincias orientales, comprendía tanto aristócratas, soldados y comerciantes, como esclavos y libertos. Las convulsiones que sacudieron al siglo III, y que comprendieron guerras, saqueos, invasiones bárbaras y el retorno a una violencia generalizada promovida por la anarquía militar fueron campo abonado para que los principios cristianos calasen en la golpeada moral de los ciudadanos del Imperio. Los dioses romanos, heredados de los griegos, expresaban un orden antiguo y se mostraban insuficientes para satisfacer las afecciones y religiosidad del número creciente de soldados, campesinos, esclavos y libertos. Las ideas de Jesucristo, que hablaban de un mundo igualitario, que catalogaban a todos los hombres como libres, indicándoles un sendero de vida que les conduciría hacia un Reino de los Cielos, fuese cual fuese su condición o clase, acabaron calando entre las clases bajas. Por otro lado, la aristocracia fue el primer receptor de los preceptos cristianos, recopilados en griego, lengua de las clases cultas; que la mayor concentración de comunidades cristianas se concentrase en Oriente se debía al amplio uso del griego en aquella parte del Imperio, lo que facilitó la expansión de las Escrituras.

Los intereses de Diocleciano, sin embargo, no radicaban en una sociedad de iguales, ni carente de guerras, y, sobre todo, con un único dios superior. Él, como emperador, era la única divinidad merecedora de ser adorada, pues era un *deus praesens* (Princivalli, 2015), y como tal se presentaba rodeado de pompa y lujo, y todo lo que hacía o decía era considerado *sacer*, sagrado. Sostenía su fuente de poder en Júpiter, lo que buscaba diferenciarle de los anteriores emperadores, débiles, que se apoyaban en el ejército o en el Senado. Diocleciano buscaba ser la figura autoritaria principal, el juez que el Imperio necesitaba, pero un juez terrenal y tangible; de ahí que las ideas cristianas de obedecer únicamente a Jesucristo no gustasen al veterano emperador-soldado, quien las observó siempre con hostilidad y escepticismo.

Por otra parte, las armas que poseía el emperador para mantener a sus súbditos alejados del cristianismo eran bien utilizadas. Las obras escultóricas de la época de la Tetrarquía nos muestran a unos emperadores colosales, con grandes ojos que siempre miran al cielo, como si escuchasen a los

---

<sup>44</sup> PRINZIVALLI, E., *Storia del Cristianesimo. La età antica*. Carocci, Roma. 2015.

dioses para luego llevar sus consejos al pueblo gobernado. Y cuando hacía falta representarse grupalmente, la Tetrarquía se presentaba siempre como una fuerza unida, de cuatro “semidioses” juntos para guardar el orden, tal y como nos muestra la estatua de los Tetrarcas, situada en la fachada sur de la Basílica de San Marcos en Venecia (foto de la portada).

El cristianismo era incompatible con la idea de orden social que Diocleciano intentaba restituir al Imperio tras la anarquía de los años anteriores. No podía conjugarse la idea de un emperador divino, mediador entre los hombres y los dioses, de quienes era una proyección terrenal, si los cristianos defendían que Jesucristo había sido el único profeta, único rey y único con potestad para emitir la palabra de Dios. Y tampoco podían entenderse en términos de convivencia, de unión, que simbolizaban la base del sistema tetrárquico. La religión cristiana tampoco era tolerante con el resto de creencias, al defender que las suyas eran las verdaderas, y que por tanto cada cristiano debía ser un evangelizador, tal y como lo fue Jesucristo, para guiar a los demás en el camino hacia el reino celestial. El resto de dioses eran mostrados por el cristianismo, o bien como deidades bárbaras y pecadoras, o como simples representaciones menores del dios único, que no pueden compararse con Jesucristo en poder y magnificencia.

Mientras que en los siglos I y II, los conflictos entre cristianos y paganos solían saldarse con un amplio apoyo y seguimiento popular, pues los cristianos eran considerados poco más que una “secta” oriental, en el siglo III su inmersión en la religiosidad de los ciudadanos del Imperio se encontraba mucho más consolidada. La Iglesia se había organizado, aprovechándose de la reforma política y administrativa del Emperador, y los obispados, principalmente en Oriente, eran ahora poderes influyentes, cuyas iglesias ya no estaban escondidas, sino que se mostraban como centros de reunión y liturgia abiertos. Esta difusión y prosperidad se debieron en gran parte a los edictos de tolerancia del emperador Galieno (260), que proporcionaron a la Iglesia veinticinco años de libertad religiosa y paz para poder asentarse, organizarse y acumular influencia en una sociedad cada vez más abierta a nuevas religiosidades.

Con la llegada de Diocleciano al trono en 285, la política imperial cambió. La ideología política de la tetrarquía era una mezcla entre conservadurismo e innovación, pues al igual que en su configuración política, instaba a adorar tanto a los dioses locales, muchos y plurales (los cuatro tetrarcas), como a un *dominus* superior al resto (Diocleciano). Los cristianos se convirtieron entonces en opositores a la restitución de los antiguos valores, que como en los tiempos de los Julio-Claudios, comprendían emperadores divinizados en vida, al servicio de los dioses, que en virtud de su divinidad, garantizarían el bien público y la paz en la tierra, no en los cielos.

El conflicto era inminente. Para relatarlo, las fuentes sobrevivientes son exclusivamente cristianas, con algunos fragmentos de papiros imperiales. Son especialmente valiosas las obras “*De mortibus persecutorum*” de Lactancio y los escritos de Eusebio de Cesarea (*Historia Eclesiástica, Mártires de Palestina*), que han sido analizados y recopilados por Emmanuella Prinzivalli en su *Storia del Cristianesimo* (Roma, 2015).

Diocleciano promulga su primer edicto anticristiano en el año 303, en Nicomedia. Antes, sin embargo, había realizado una importante purga en el ejército, motivada, según Lactancio, por unos sacrificios fallidos durante la estancia de Diocleciano y el César Galerio en Antioquía, a su regreso de la campaña contra los persas y acompañados por gran parte del ejército. Ante toda la tropa presente, los sacerdotes alegaron que los dioses no les favorecían “por la cantidad de hombres profanos presentes”. Era conocida la animadversión que los cristianos profesaban ante los sangrientos sacrificios animales, comunes entre los paganos, y el propio Lactancio asegura que en

dicha ocasión, numerosos soldados y mandos militares representaron la señal de la cruz durante la ceremonia, ante los ojos del mismo emperador.

Diocleciano obligó a todos los soldados a realizar un sacrificio a los dioses olímpicos, so pena de expulsión del ejército para todo el que desobedeciese, purgando a las legiones de todos sus soldados cristianos. Eusebio y Lactancio coinciden en que el principal instigador de esta primera persecución fue Galerio, fervoroso seguidor de los dioses olímpicos, y sobre todo, de la *religio castrensis*, el código de disciplina, moral y conducta que regía el ejército y que se unía en uno con la religiosidad antigua. Para Galerio, abrazar el Cristianismo suponía una carga para un soldado, puesto que debería desobedecer continuamente las enseñanzas de su Dios, y sobre todo, poseería una concepción de la libertad y la jerarquía no coincidentes con las férreas normas romanas. Además, gran parte de la corte e intelectuales romanos, al igual que Galerio, buscaban continuamente las incongruencias del discurso cristiano en refutaciones literarias o discursos basados en la razón lógica, como los de Herodes Sossiano, que atacaba la inconsistencia de los argumentos bíblicos y ponía en duda la figura de Jesús como “hombre elegido”.

Sin embargo, no fue la lógica lo que movió a Diocleciano a emprender la primera persecución en el 302. Cuenta Lactancio que Diocleciano, aunque no lo veía con buenos ojos, era tolerante con el cristianismo. Su mujer y su hija, aunque no se sabe con certeza, parecen haber sido filocristianas (Prinzivalli, 2015), así como buena parte de la aristocracia. Diocleciano se conformaba con imponer cargas fiscales y militares a los seguidores de Cristo, pero la insistencia de Galerio, mucho más fanático en sus ideales religiosos, que defendía que los cristianos debían ser exterminados, provocó un litigio entre el *augusto* y su César. Decidieron resolver la cuestión preguntando al oráculo de Apolo en Dídima (Jonia), cuya única respuesta fue que “el mal reinante en la tierra no permite hablar a Apolo”. Esto fue recibido como una señal de que los dioses no estaban contentos con la propagación del cristianismo, y abrió las puertas a las intenciones de Galerio, que vio respaldada su política de exterminio.

En febrero de 303, coincidiendo con la celebración de la *Terminalia* romana, Diocleciano ordena destruir la iglesia de Nicomedia, quemar las escrituras y apropiarse del tesoro. El día después, promulga su “Edicto contra los Cristianos”, en el que condena a todos sus súbditos bautizados a perder sus propiedades y ser hechos esclavos, además de censurar y destruir todas las obras cristianas, tanto litúrgicas como literarias, así como los lugares de culto. Se prohibió a los cristianos reunirse, y se les negó el derecho a una defensa en un tribunal, lo que les dejaba indenes a la voluntad imperial.

Como era habitual en el Imperio, el Edicto no fue recibido igual en todas las provincias. En Occidente, el número de cristianos era menor, y excepto en África, el resto de provincias experimentaron una convulsión inferior que la que sufrieron los territorios orientales, donde vivían las mayores comunidades cristianas. La pena de muerte se aplicó sin vacilaciones, y tal y como Galerio promovió, el método era la ejecución en la hoguera.

En verano del 303, Diocleciano promulgó un segundo edicto, dubitativo sobre la efectividad que el primero lanzado en febrero había tenido sobre la población: en todo el Imperio se alzaban obispos, sacerdotes y diáconos, en rebelión frente a la orden imperial, y a menudo secundados por sectores populares. Diocleciano ordenó apresar a todos los eclesiásticos, lo que supuso un problema logístico para las cárceles imperiales, que según Eusebio de Cesarea, no daban abasto para mantener a tantos presos cristianos

Dicha coyuntura mueve a Diocleciano a cambiar de postura en noviembre del 303, cuando se acercaba la celebración de su duodécimo aniversario al frente del Imperio. Deseando cobrarse una buena publicidad, Diocleciano firma una amnistía para todos aquellos sacerdotes cristianos que aceptasen realizar un sacrificio a los dioses. Muchos, bajo amenazas de muerte y torturas, acabaron apostatando, mientras que otros se negaron en rotundo y fueron ajusticiados con la pena capital. El deseo de algunos funcionarios por vaciar las cárceles incluso llevó a liberar cristianos sin realizar los sacrificios voluntariamente, y otros fueron perdonados sin ni siquiera demostrar que habían llevado a cabo los rituales. En concreto, lo que más preocupaba a la Tetrarquía era el afán de martirio que poseía a los obispos y devotos cristianos, que no temían enfrentarse a la muerte y ser ajusticiados, sintiéndose orgullosos por morir como sus adorados santos habían hecho. Esta falta de miedo, rayana al fanatismo, que ofrecían muchos cristianos que se sometían a torturas y años de cárcel, confundía a los romanos, quienes se encontraban con que, cada vez que mataban a un obispo o personalidad popular entre la comunidad cristiana, esta se multiplicaban al mes siguiente, ofreciendo de nuevo mártires para la causa. Como diría Tertuliano, “la sangre de los mártires era el semen de la Iglesia”.

En el 304, Diocleciano promulga un cuarto Edicto, en el que ordena a todos los ciudadanos del Imperio reunirse en un lugar público y realizar sacrificios a los dioses; aquellos que se negasen, serían ejecutados. Dicho Edicto tuvo un mayor peso en las provincias orientales, gobernadas por Diocleciano y Galerio, que aquellas Occidentales que correspondían a Maximiano y Constancio.

Este último en particular se destacó por su tolerancia, aceptando sólo el primero de los Edictos, y mostrando su disconformidad respecto a las decisiones de los tetrarcas orientales (Diocleciano y Galerio), promotores de las persecuciones. Según Eusebio, Constancio no ordenó la destrucción de iglesias, y fue permisivo con las comunidades cristianas conocidas. Esto sería utilizado más tarde por su hijo Constantino para presentarse como un emperador “amigo” de los seguidores de Cristo.

Diferente fue, en cambio, la situación en la provincia de África, donde el cristianismo se encontraba especialmente extendido y la resistencia era notable. África era llamada “tierra de mártires”, pues eran numerosos los cristianos africanos que no dudaron en enfrentarse a las autoridades romanas para defender sus creencias, lo que llevó a la desmembración de la otrora poderosa comunidad provincial, y creando un grave clima de tensión entre las élites políticas (mayormente paganas) y el grueso de la población, cristiana.

El hecho de que sólo dispongamos de fuentes cristianas a la hora de abordar la cuestión de las persecuciones nos ofrece una visión parcial, y que dada la prominencia del cristianismo en años posteriores, ha sido utilizada tanto para fines “propagandísticos” como relacionada con sucesos anacrónicos y exageraciones de datos. Por ejemplo, el célebre historiador Edward Gibbon fue el primero en sostener que la gravedad de dichas persecuciones fue exagerada posteriormente por los cronistas cristianos. El Edicto de Diocleciano, según el *Liber Pontificalis*, condenó a 17.000 víctimas, mientras que estimaciones modernas<sup>45</sup> estiman la cifra de muertos en 3000- 3.500. Según Gibbon, estas exageraciones sirvieron a los mártires para hacer constar su sacrificio y exhortar a la Iglesia a expandirse por todo el Imperio, pues se había demostrado que era indestructible. Siglos más tarde, los años de Diocleciano serían vistos por los cristianos medievales como un periodo de

---

<sup>45</sup> SPERANDIO, M.A., *Diocleziano e i cristiani: Diritto, religione y politica nell'era dei martiri*. Editorial Jovene, Nápoles. 2013.

terror llamada “la era de los mártires”, y cuyo funesto recuerdo sirvió de aliento a los numerosos cristianos que se batían tanto contra los musulmanes como emprendiendo tareas evangelizadoras.

La historia, en cambio, parece atribuir la supervivencia del cristianismo a las persecuciones de Diocleciano en que las medidas del emperador fueron pocas, y llegaron tarde. En el 303, la animadversión de la población pagana hacia los cristianos era mucho menor que en persecuciones anteriores, puesto que mientras estuvo en vigor el edicto de Galieno, los cristianos habían tenido la oportunidad de mezclarse y expandir sus creencias libremente, lo que motivó, por un lado, la convivencia pacífica, y por otro las conversiones. En las regiones más cristianizadas, como África, fue la minoría gobernante pagana la que clamó por unas persecuciones ejemplares, no la mayoría del pueblo. Y el efecto que el sacrificio de los mártires produjo sobre los paganos fue, lejos de ser disuasorio, de admiración hacia unos hombres y mujeres capaces de acoger la muerte sin miedo por defender unas ideas, algo muy valorado en la belicosa sociedad de los siglos III y IV. De este modo, los mártires se convirtieron en héroes, y el cristianismo pasó a ser visto con nuevos ojos por todos aquellos que, en las plazas públicas, habían visto arder y ser condenados a multitud de inofensivos fieles que, lejos de rebelarse o apostatar, recibían el martirio con entereza, e incluso con fervor.

Las persecuciones cristianas tuvieron su epílogo con la muerte de Galerio, su principal defensor, en el 311. Tras años de odio hacia los cristianos, y achacado de una grave enfermedad, el tetrarca, entonces en calidad de *augusto* al haber abdicado Diocleciano en el 305, proclamó en su agonía que restituía a los cristianos la libertad de culto y de recomponer sus comunidades (Prinzivalli, 2015).

El fracaso de la empresa de Diocleciano y Galerio contra los cristianos se constata cuando, un año después, el emperador Constantino aprueba el Edicto de Milán, que iguala la condición del cristianismo con la de las religiones oficiales y restituye los bienes arrebatados a los cristianos durante la Tetrarquía. Si bien no compete a este trabajo analizar los motivos que llevaron a Constantino a acoger el cristianismo, compete decir que el nuevo emperador, hijo del tetrarca Constancio, aprovechó la fama de su padre entre los cristianos para ganar su apoyo en su carrera hacia el trono. Este era consciente del poder e influencia de dicha comunidad, que sólo parecía haberse visto afectada por las persecuciones con la pérdida de numerosos obispos y cargos eclesiásticos, lo que llevó a una desorganización orgánica. Sin embargo, en materia de fe y difusión, el cristianismo salió reforzado de las purgas tetrárquicas, como atestigua el hecho de que, sólo nueve años después de la promulgación del Edicto de Diocleciano, un emperador (Constantino) no dudase en presentarse en Roma liderando un ejército que portaba estandartes adornados con el crismón. Este acto de simpatía hacia la cruz, y las posteriores decisiones de Constantino en materia religiosa llevan a la mayoría de los historiadores a afirmar que la Edad Media comienza a gestarse tras el Edicto de Milán, cuando una nueva filosofía de vida, y sobre todo, la *legalización* de una institución tan influyente como más tarde se mostraría la Iglesia Católica, llevaron al Imperio Romano a adquirir una nueva simbología, unos nuevos valores y adoptar otras políticas derivadas de su veloz cristianización.

Por tanto, las persecuciones de Diocleciano simbolizan el epílogo de la antigua religiosidad olímpica. La adoración de los dioses paganos seguiría siendo defendida por numerosos intelectuales y nostálgicos de los tiempos de gloria pasados, como el emperador Juliano (360- 363), quién veía en las ideas cristianas un cúmulo inconexo de leyendas e invenciones que no podían compararse con

las hazañas de los dioses olímpicos. Sin embargo, y pese al esfuerzo del emperador, el Edicto de Milán había abierto las puertas al cristianismo, para nunca poder volver a cerrarlas.

## **A MODO DE CONCLUSIÓN: LA MUTACIÓN DEL IMPERIO ROMANO**

La crisis del siglo III, sobre la que pocos historiadores muestran dudas de su existencia, fue la coyuntura que motivó las reformas emprendidas por Diocleciano, erigido como el “finalizador” de la misma al haber conseguido lo que todos sus antecesores no pudieron: garantizar un sistema político eficiente, asegurar la justicia y la igualdad mediante una ambiciosa reforma administrativa, tratar de enderezar el rumbo económico que sus antecesores habían perdido y, sobre todo, devolver a los romanos el orgullo que les caracterizaba y que parecía haberse esfumado, tras un siglo de guerras civiles, invasiones y fragmentaciones que parecían desembocar en el fin del Imperio.

Es imposible hacerse una idea del porqué de las decisiones de Diocleciano sino se tiene en cuenta la coyuntura de crisis que venía afectando al Imperio, y que se explica en la primera parte del trabajo. Esta afectaba a toda la estructura, porque era la misma concepción del “Imperio” la que se encontraba en crisis. Los romanos, anclados en el tradicionalismo, que durante el siglo I y II les había llevado a dominar el Mediterráneo, no fueron capaces de controlar la estructura que ellos mismos estaban creando.

Por una parte, el desinterés de la clase senatorial romana en ejercer sus funciones tradicionales dejó un vacío que fue ocupado por provinciales que habían alcanzado un status equiparable al senatorial gracias a sus méritos militares. Roma ya no era la ciudad productora de generales como César, Germánico, Agripa o Marco Antonio, sino que había asumido plenamente su papel como “burócrata” y “ciudad eterna”, tan poderosa, célebre y antigua que nada podía hacerla caer.

La confianza de los romanos en su sistema se fue tornando en desinterés y desidia por mantener lo que sus antepasados habían logrado, relegando la supervivencia del Imperio en manos de las lejanas legiones fronterizas. Estas estaban tan distantes de Roma que para los senadores los peligros que se cernían sobre el *limes* eran poco más que sucesos pequeños y lejanos, confiando en que la simple grandeza de la Ciudad, que había sometido a todos los poderosos pueblos que se la enfrentaron, podía resolver.

Esta división entre el centro del Imperio y su periferia se fue acrecentando, y para cuando comienza la crisis del siglo III, con el asesinato de Alejandro Severo (235), las provincias fronterizas ya suponen un ente totalmente diferente del Imperio: mientras que en su centro, el Imperio vive en la paz y en la abundancia, el *limes* debe sostener enormes ejércitos, siempre necesitados de hombres y recursos, y a su vez la implacable presión bárbara, que adquiere cotas de organización y eficiencia militar nunca antes vistas, producto de siglos de luchas contra los avanzados romanos.

El centro del poder pasa a ser las fronteras y los ejércitos que allí se acantonan, y que aseguran la paz del resto del Imperio. Sin embargo, los senadores y dinastías imperiales que preceden a la anarquía militar parecen, en su mayoría, ciegos a este cambio, lo que provoca que numerosos monarcas y aristócratas fallen en sus misiones una vez llegados al *limes*, inadaptados a un mundo muy diferente al que están acostumbrados, muy diferente a la paz y la despreocupación que imperaba en Roma.

El emperador Diocleciano, a su llegada al poder, comprendía todos estos problemas, antiguos y contemporáneos, y llevó a cabo las extensas reformas a las que he dedicado el trabajo con un

mismo objetivo: la “renovación de Roma”, del Imperio, como una necesidad imperante para la supervivencia del mismo. Esto suponía ampliar las miras, romper las barreras sociales, eliminar la antigua noción entre conquistadores- conquistados, Roma y provincias, para formar un imperio común cuyo objetivo sería la defensa de la “romanidad” ante las interminables hordas de bárbaros. Puede que el sistema tetrárquico no sobreviviese a Diocleciano por el fuerte liderazgo y neutralidad que este profesaba, y que le colocan como uno de los grandes emperadores. Cuando el emperador se retira en 305 a su palacio recién construido en Split (Croacia) y deja su título de *augusto* en manos de su *cesar*, Galerio, lo hacía a sabiendas de que la *tetrarquía*, el sistema que parecía haber sacado a Roma de su ocaso, era, de todas formas, una estructura débil. La instauración de las reformas, la aprobación de la nueva fiscalidad, y el devenir militar, todo ello pasaba por las manos del juez supremo, *Iovius*, Diocleciano. Sin él, la tetrarquía, con su ramificación del poder, y cumpliendo ya una generación de césares, se encontró con su “talón de Aquiles”: el conflicto sucesorio.

La década posterior a la renuncia de Diocleciano se saldó con luchas por el poder entre los sucesores de los antiguos césares de Diocleciano y Maximiano, Galerio y Constancio Cloro, que habían sido elevados al rango de *augusto* tras la renuncia de estos. Al morir en batalla Constancio Cloro, dejó un vacío de poder que reclamó para sí tanto Majencio, hijo de Maximiano, apoyado por el pueblo de Roma, como el hijo de Constancio, Constantino. Severo II, que había sido *cesar* de Constancio, reclama también sus derechos legítimos, pero es traicionado por sus tropas y afectado por la rápida actuación del extetrarca Maximiano, que ante el caos político, ha vuelto a aparecer en escena. Diocleciano, en cambio, se mantiene ausente y observa desde Split como el sistema que creara para salvar Roma parece abocado a volver a hundirla. A finales del año 310, pugnaban por el poder hasta diez “augustos” distintos: Majencio, Constantino, Maximiano, Galerio, Maximino, Licino y Domicio Alejandro (este último autoproclamado). La situación era, por tanto, caótica.

De tal *maremágnum* se saldó como vencedor absoluto Constantino. Terminó con la tetrarquía, pero supo apreciar de manera notable las características más útiles de la política de sus predecesores, pero llevando unas nuevas reformas, aún más rompedoras que las de los *tetrarcas*. La fundación de Constantinopla como la nueva Roma, trasladando allí a las familias senatoriales, supone el cambio que Diocleciano auguraba, pero para el que el Imperio todavía no estaba preparado en tiempos del emperador ilirio. El Imperio ya no era Roma, sino que Roma, sus instituciones, su tradición y todo lo que emanaba de ella, había pasado a formar parte del enorme mosaico amenazado por los bárbaros que suponía el Imperio como una tesela más. La capital, con su religión, sus familias, sus ideales militares y su filosofía, eran ya parte de un mundo antiguo que se veneraba, pero que se mostraba inválido a la hora de aportar las respuestas que el siglo IV necesitaba. Constantinopla, cristiana, imperial, grecorromana, poblada por gentes de todos los rincones del Imperio, y cercana tanto al foco cultural (Oriente) como al brazo militar (el Danubio y sus legiones) del aparato, fue el nuevo centro del mundo latino. Roma, pasó a ser un museo, una joya valiosa entre las posesiones del emperador, y cayó poco a poco en la decadencia. Su Imperio, en cambio, con muchos de los ideales de Diocleciano, aún sobreviviría por siglos, gobernado por los emperadores de Constantinopla, los defensores de la “romanidad”, concepto que, tras Constantino, adquirió un nuevo significado: la cristiandad.

Pio Pistilli, profesor de Historia del Arte Medieval de “La Sapienza” de Roma, afirmaba en sus clases y libros publicados que, efectivamente, la Edad Media comenzó con la llegada al trono de Constantino, y por tanto, la época clásica llegó a su final con la abdicación de Diocleciano. La argumentación de Pistilli se basa en argumentos histórico-artísticos, pues tal es su especialidad. El

arco de Constantino (312-315) es el mejor ejemplo de que el arte, en algunas ocasiones, es mejor indicador del pulso y mentalidad social imperantes en la época que las fuentes escritas. Este gran arco está decorado con relieves y estatuas adquiridos de obras públicas precedentes, efectuadas por Trajano, Adriano y Marco Aurelio, emperadores que en el siglo IV estaban considerados como el máximo exponente de la gloria de Roma. Es el primer ejemplo del “arte de expolio” que tan común sería en los siglos medievales venideros. El único aporte original de Constantino son seis frisos, cuyos elementos nos muestra un afán por simplificar la narración escultórica, alejada de las formas naturalistas del estilo helenístico, que son sustituidas por series de figuras y significados simbólicos de lectura más fácil y directa para las clases más populares. Es lo que se conoce como “arte plebeyo”, y que escenifica como ninguna los cambios político-sociales desarrollados durante la Tetrarquía. Es la confirmación del ascenso de los provinciales, de las clases medias, al poder, y por tanto, al control del arte oficial. El arco de Constantino es un “puzzle” de elementos clásicos, vestigios del pasado de los que Roma aún se enorgullecía, y de piezas contemporáneas, que se esforzaban por señalar la igualdad de todos los ciudadanos, sólo superada por los mismos emperadores. Igualdad que a su vez propugnaba el cristianismo. Y por último, el arte, el mensaje imperial, ya no debía atañer solo a las clases cultas: el grueso del pueblo estaba representado en los frisos del arco de Constantino como pieza importante del Imperio.

Son suficientes los cambios como para poder, si no afirmar, lanzar la hipótesis de que los años entre el 285 (coronación de Diocleciano) y 313 (Edicto de Milán por Constantino), el Imperio había mutado de piel. ¿Sería posible la concepción artística del arco de Constantino sin el contexto que lo precedió? Me atrevo a decir que no. La confirmación del triunfo de los provinciales, de los soldados, impulsados por los recuerdos de grandeza que aún pervivían en Roma, fue la consecuencia de las medidas tomadas por Diocleciano y la Tetrarquía. La crisis del siglo III terminaba, y comenzaba un nuevo imperio. Las fortalezas pequeñas de la “defensa en profundidad”, las *strata diocletiana*, serían los antecesores de los castillos medievales. Y el palacio imperial de Split, la primera señal de que los palacios ya no podrían ser como aquellos erigidos por Adriano en Tívoli, o Tiberio en Capri: los nuevos tiempos, el nuevo Imperio, necesitaba fortificaciones. Eran tiempos cambiantes, de guerra, de inseguridad. La *Pax romana*, estandarte del Imperio, no volvería al Mediterráneo hasta pasados largos siglos.

*¿Quieres saber, romano, por qué tu gloria llena al mundo y lo sujeta a sus mandatos?  
¡Por qué Dios quiso primero unir a todos los pueblos discordes y someterlos a un único imperio para que la religión de Cristo encontrase luego en paz y unidos en espíritu común a los corazones de todos los hombres!*

*Pues sólo la discordia conoce a Dios. Todas las tierras de Oriente a Occidente estaban revueltas por fieras guerras, y Dios, para frenar esta locura rabiosa, hizo que todos los hombres se sometieran a las mismas leyes, y que todos, desde el Rin al aurífero Tajo, del caudaloso Ebro al templado Nilo, se hicieran romanos. Vivimos ahora en una patria y un hogar común. Esto se ha logrado a merced de tantos y tan grandes triunfos del Imperio romano..*

*El mundo unido y en paz, gracias a Roma, está preparado, ¡oh, Cristo!, para recibirte.*

(Prudencio, *Contra Symmachum*, II)

## ANEXO II

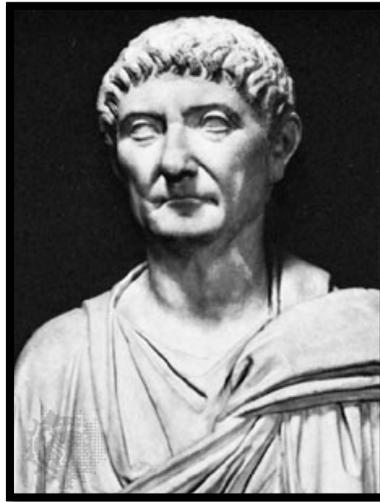


Figura 1: busto de Diocleciano



Figura 2: reconstrucción ideal del Palacio de Diocleciano en Split (Croacia), construido en 305 como residencia de retiro del emperador. Situado en una posición estratégica entre la parte oriental y occidental del Imperio, permitió a Diocleciano seguir políticamente activo tras su abdicación, a la vez que protegido ante posibles rebeliones e invasiones.

## **BIBLIOGRAFIA**

- APARICIO PEREZ, A. *Las grandes reformas fiscales del Imperio Romano*. Universidad de Oviedo, Oviedo. 2006.
- BARNES, T.D., *The New Empire of Diocletian and Constantine*, Harvard University Press, 1981.
- BELLONI, G.G, *La moneta romana*, Carocci, 2002.
- BOWMAN, A., *Diocletian and the First Tetrarchy*, in *The Cambridge Ancient History*, XII: *The Crisis of Empire*. Cambridge University Press, Nueva York. 2005.
- BRAVO CASTAÑEDA, G. *Coyuntura Sociopolítica y Estructura Social de la Producción en la época de Diocleciano*. Universidad de Salamanca, Salamanca. 1980.
- GABBA, E. “*Per la storia dell’esercito romano in età imperiale*”. Patron Editorie, Bolonia. 1974
- GIBBON, E., *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano*. Tomo I, *Desde los Antoninos a Diocleciano (Años 96 a 313)*. Turner, Madrid. 1984.
- HEUSS.A MANN.G. *Historia Universal: mundo romano*. Espasa-Calpe, Madrid. 2007
- LUTTWAK, E., *La grande stratégie de l’Empire romain*. Editorial Económica, Paris, 1987.
- MAZZARINO, S., *L’imperio romano*. Laterza, 1984.
- POTTER, D.S., *The Roman Empire at Bay: AD 180–395*. Routledge, Nueva York, 2005 (PDF).
- PRINZIVALLI, E., *Storia del Cristianesimo. La età antica*. Carocci, Roma. 2015.
- REMONDON, R. *La crisis del Imperio Romano de Marco Aurelio a Anastasio*. Labor, Barcelona. 1973.
- SANCHO GOMEZ, M.P., *El prefecto del pretorio: una figura dominante de la política romana en el siglo III (192-284)*. Universidad Católica de San Antonio, Murcia. PDF.
- SAVIO, A. *Monete romane*. Libraccio, 2012.

- SOUTHERN, P., *The Roman Empire from Severus to Constantine*. Routledge, 2001
- SPERANDIO, M.A., *Diocleziano e i cristiani: Diritto, religione y politica nell'era dei martiri*. Editorial Jovene, Nápoles. 2013.

## **BIBLIOGRAFÍA ONLINE**

- EUTROPIO, *Breviarium ab Urbe condita*, traducción de E. Falque. Gredos, Madrid. 1999. Disponible en: <https://es.scribd.com/doc/237566457/Eutropio-Breviario-Aurelio-Victor-Libros-de-los-Cesares-Gredos-261-pdf>
- ELSNER, J., *Imperial Rome and Christian Triumph*. Oxford University Press, Oxford & Nueva York. 1998. Disponible en: <https://searchworks.stanford.edu/view/4034668>
- Historia Augusta - Due Gallieni, 4.3. Disponible en: [http://penelope.uchicago.edu/Thayer/E/Roman/Texts/Historia\\_Augusta/Gallieni\\_duo\\*.html](http://penelope.uchicago.edu/Thayer/E/Roman/Texts/Historia_Augusta/Gallieni_duo*.html)
- LEADBETTER, W., *Numerianus (283–284 A.D.). "De Imperatoribus Romanis"*, 2001. Disponible en: <https://es.scribd.com/document/294112494/Numeriano>
- [www.roman-emperors.org](http://www.roman-emperors.org)
- [www.roman-imperial-coins.com](http://www.roman-imperial-coins.com)
- Res Gestae Divi Saporis. *The American Journal of Semitic Languages and Literatures*, University of Chicago, 1940, vol. 57-58, p. 379. Disponible en: <https://archive.org/details/americanjournalo01univuoft>
- TÁCITO, *Germania*, 42. (PDF) Disponible en: <http://www.biblioteca.org.ar/libros/155267.pdf>

## **INDICE DE FIGURAS**

- **Anexo I, p 19.** Fuente: Graphic Lab.
- **Peso teórico del denario; desde César hasta la reforma de Aureliano (274), p.25.** Fuente: BELLONI, G.G, *La moneta romana*, 2002, y SAVIO, A. *Monete romane*, 2012
- **Anexo II, p 27**  
<http://artehistoriaestudios.blogspot.com.es/2017/10/capitulo-40-pax-romana.html> (Figura 1)  
[www.destinoinfinito.com](http://www.destinoinfinito.com) (Figura 2)
- **Figura 1, p 34 .Moneda con las efigies de Maximiano, Diocleciano y Carausio (año 290). Foto: Roman Imperial Coinage .** Fuente: <http://www.roman-imperial-coins.com>.
- **Figura 2, p 38. Strata Diocletiana.** Fuente: Graphic Lab.
- **Anexo III, p 57. Fuentes:**  
[http://www.iglesiapueblonuevo.es/index.php?codigo=bio\\_diocleciano](http://www.iglesiapueblonuevo.es/index.php?codigo=bio_diocleciano) (Figura 1)  
<http://algargosarte.blogspot.com.es/2014/10/el-palacio-de-diocleciano-en-split.html> (Figura 2)